

Nº 7

\$ 20

# REVISTA DE LA RESISTENCIA



organo del cc  
del mapu oc



# REVISTA DE LA RESISTENCIA

Nº 7 mayo/80

## secciones:

### 1 politica nacional

nuevas exigencias

### 2 internacional

afghanistan: costos de una intervención

### 3 temas

JOSE FUENTES:

la estrategia cultural de la dictadura  
y el movimiento cultural

ALAMIRO CAMPOS:

fuerzas armadas para la democracia

JOSE MIGUEL INSULZA:

el valor permanente de nuestra politica



## PARTIDO MAPU OC



## NUEVAS EXIGENCIAS

El ridículo fracaso de la "apertura al Pacífico" de Pinochet tuvo, entre otras, la consecuencia de reactivar exacerbadamente la pugna al interior del régimen entre "duros" y "blandos", que miden sus fuerzas e influencias hacia las Fuerzas Armadas, para imponer sus alternativas institucionales.

La pugna existe objetivamente, los bandos se alinean y coordinan, y hasta el propio régimen la analiza y clasifica. Sin embargo, junto con caracterizarla adecuadamente, especial cuidado debemos tener en no cifrar esperanzas en ella y en desviar por eso la atención sobre nuestros propios problemas y en nuestra incapacidad para impedir la marcha incesante de la política dictatorial.

### La Pugna al Interior del Régimen.

La consolidación y expansión del proyecto monopólico requiere de un marco político institucional que garantice su estabilidad. Es inherente al modelo en curso la marginación social y política de la gran mayoría del país, pero, en tanto las fuerzas democráticas logren hacer sentir su influencia social y política, la dictadura debe orientarse hacia un régimen político que genere mecanismos que permitan inhibir de modo estable esos efectos.

Frente a esta necesidad surgen desde el interior del régimen dos opciones políticas contradictorias, pero que persiguen similar objetivo: hacer irreversible la regresión antidemocrática e impedir la expresión mayoritaria de la nación. Pueden distinguirse algunas áreas principales en que estas opciones se enfrentan.



Frente a los efectos políticos de la transformación económica y las "modernizaciones", los "blandos" (grupos económicos, El Mercurio y parte fundamental de la derecha política) destacan su importancia decisiva en la desintegración y atomización de los sectores sociales que dan sustento a las fuerzas democráticas. Desarrollan la tesis de que las libertades económicas conducirán a todas las demás, y afirman como el elemento central para inhibir la demanda democrática. Los "duros" (grupos fascistas y sectores del ejército) cuestionan el efecto inhibitor de esas transformaciones y afirman que más bien estimulan el descontento en las bases y gremios intermedios. Están, por tanto, por la subsistencia prolongada del régimen dictatorial actual.

Frente a las alianzas para forjar un régimen político estable, los "blandos" - temerosos de una convergencia de la izquierda y el centro democrático - formulan la tesis de que una salida estable es el resultado del entendimiento político, desarrollado en plazos holgados, de las fuerzas armadas, los gremios (entiéndase grandes asociaciones patronales) y los partidos políticos (entiéndase la derecha y la DC). Los "duros", con ideas corporativas, condenan el camino "aperturista" por que jugaría a favor de las presiones democráticas y propician la desarticulación y represión sistemática a todo elemento partidista.

Sobre las fuerzas armadas en un nuevo ordenamiento, los "blandos" requieren de su unidad para el apoyo al proyecto en curso. Ello implica sacarlas de la dirección política del estado para impedir la disensión interna, particularmente sobre el esquema económico, y afincarlas como poder de seguridad que garantice el modelo. De allí el énfasis en la distinción régimen-gobierno que tanto hace El Mercurio. Naturalmente, el esquema de los "duros" implica mantener un rol político principal para las fuerzas armadas. Ello les permite, además, mantener viva la posibilidad de acometer las rectificaciones que plantean al modelo económico.

Finalmente, la política internacional debe, para los "blandos" apuntar a impedir que el aislamiento político del régimen conlleve dificultades para la plena involucración material del gran capital transnacional en la economía chilena. Entienden que esto implica la institucionalización de un régimen político interno que cuente con rasgos mínimos de aceptabilidad internacional. Su orientación internacional es, por tanto, fuertemente pragmática. No es esta la orientación de los "duros".

#### La Pugna y el avance democrático.

Conocer las corrientes dentro de la dictadura es de gran importancia para la oposición. Constatar, por ejemplo, el debilitamiento de la función dirigente que fuerzas de apoyo de la dictadura asignan a Pinochet en el mediano plazo, es importante.

Sin embargo, no debemos perder de vista la cuestión central: con pugna y todo, la dictadura avanza en la imposición de su política.

Los "duros" lanzan sus dardos, arremeten, a veces con éxitos parciales, y logran sustituir tal o cual funcionario. Pero lo que importa,



es que las "modernizaciones" avancen en todos los frentes, destruyendo avances logrados en la lucha de décadas, imponiendo la regresión antidemocrática en salud, educación, trabajo y otros frentes.

Al mismo tiempo, y con el amplio beneplácito de "duros" y "blandos", que no se confunden en lo principal, se asiste a una intensificación de la ola represiva, violando los más elementales derechos de la población. Así lo demuestra el nuevo decreto sobre relegaciones, su estreno en la relegación de estudiantes, la represión en el día de la mujer, las nuevas restricciones a la libertad de expresión, la detención de dirigentes sindicales en la Confederación Unidad Obrero Campesina, de Juan Jara de los taxistas, de militantes de partidos democráticos, ultrajándolos y difamándolos con todo tipo de imputaciones, la expulsión de alumnos y profesores universitarios, la negativa al Comando de Defensa de los Derechos Sindicales para celebrar el 1º de Mayo, la práctica de los siniestros "cinco días" en las detenciones del CNI, la atemorización y despidos en las empresas, manipulando la negociación colectiva y las "elecciones" estudiantiles, los despidos en salud, etc.

Después de todos estos años de experiencia y crecimiento de su influencia de masas, las fuerzas democráticas muestran una enorme precariedad para organizarse, expresarse y desarrollarse y ven dificultados los caminos por los que han transitado en su crecimiento opositor.

El Mercurio lo decía, Para qué apresurarse con lo de la institucionalización si eso aviva las diferencias y si mientras tanto la "pasividad ciudadana" permite avanzar a rompe y raja con las "modernizaciones". Quizá la pugna entre ellos no se habría reavivado si no fuera por los efectos del triste y dificultoso descenso en Fiji con que terminó la "apertura del Pacífico". Pero, los hechos muestran que esa pugna podrá alcanzar ribetes y virulencias mucho más espectaculares, sin que se altere la regresión antidemocrática.

Las fuerzas democráticas deben asumir plenamente esta situación, para afrontarla y diseñar de conjunto una iniciativa táctica que, recogiendo en profundidad los datos de la experiencia, pueda hacerla remontar la actual situación.

#### La precaria situación del movimiento democrático.

En los años que van desde el golpe a esta parte, la izquierda se reconstituyó, se organizó, diseñó los elementos principales de una política justa de resistencia, resolvió en lo fundamental una perspectiva común para construir la alianza democrática y forjó los instrumentos para desarrollar una acción de masas que, en ocasiones, ha alcanzado manifestaciones ostensibles. La lucha de estos años logró mantener la vitalidad del movimiento democrático.

Sin embargo, no ha logrado forjarse una verdadera alternativa a la dictadura y las perspectivas para su desarrollo parecen enfrentar nuevas condiciones y exigencias. Esta situación pone a prueba la precariedad actual de la dirección y el movimiento democrático, que



tiene que ver con varios factores, de los cuales subrayamos algunos.

1. El asentamiento material del modelo económico y sus efectos políticos e ideológicos.

El proyecto de extranjerización de nuestra economía y las "modernizaciones" materiales son en importante medida ya una realidad. Esto ha provocado una profunda transformación del estado, la realidad de clases y las relaciones sociales. El desempleo, los sueldos de subsistencia, el endeudamiento crediticio como institución para la gran mayoría de los chilenos, etc., tienen efecto inhibitor en la conciencia y actividad colectiva unitaria, en la medida que va unido a los efectos de una organización económico-social y cultural que se ordena en función del objetivo de la atomización y dispersión.

Esta situación obliga, para los efectos de desarrollar nuestra política a tomar debidamente en cuenta las transformaciones ocurridas y a valorar de mejor manera, en función de aquellas, el potencial de movilización que cada sector social reuna en cada etapa de la lucha antifascista.

Pese a las transformaciones y a las medidas para inhibir la movilización, prevalece evidentemente el sentimiento y la aspiración democrática entre los trabajadores en la industria y los servicios, los estudiantes, los profesionales y los artistas y crecientemente entre los gremios en diversas actividades y los pequeños y medianos propietarios. De esto da cuenta hasta la crónica diaria en las publicaciones oficiales.

Potenciar políticamente esas aspiraciones, masificarlas, organizarlas y coordinarlas hacia un objetivo común es el problema de las direcciones democráticas. Es aquí que éstas acusan no tomar bien en cuenta las nuevas condiciones, la incapacidad dirigente y coordinativa, la dificultad para vincularse efectivamente a los sectores de masas, más allá de organizaciones que, contra toda intención, no logran desprenderse de su carácter restringido y superestructural.

2. Nuestra comprensión de la "crisis política de la izquierda.

Muchas veces da la impresión de que cuando nos referimos a la crisis de la izquierda, lo estuviéramos haciendo acerca de una entelequia lejana, que no tiene que ver directamente con los problemas actuales que vive el movimiento democrático y con nuestros propios problemas como partido.

La crisis de la izquierda tiene que ver precisamente con los problemas marcados en el punto anterior.

La realidad de transformaciones regresivas que en distintas esferas ha ido imponiendo la dictadura, potencian los problemas históricos que hemos demostrado tener en el plano teórico, político, organizativo y de masas. En gran medida tiene esto que ver con los problemas de la formulación estratégica y programática, que hoy se manifiesta en la necesidad de que la UP sea capaz de plantear una propuesta democrática clara, que concite la voluntad y movilización de la gran



mayoría del país, y que abra camino al socialismo. Por cierto, no se trata ya de reactualizar el programa 1970 de la UP. Aceptar así la tarea supone asumir responsablemente todas las implicancias ideológicas y políticas que ella plantea.

Sin embargo, pensamos que la profundidad de la crisis de la izquierda, y por tanto de la nuestra propia, se manifiesta con tanta evidencia en la incapacidad para perfilar de conjunto un diseño táctico co, que permita aglutinar el enorme descontento que desde distintos lados, por distintos motivos y en diversos grados, se acumulan en contra de la acción del régimen.

Ciertamente pasa en la indefinición de políticas la debilidad en la formulación programática. Pero también es bueno llamar la atención sobre el peligro de endosar nuestra crisis sólo a los problemas "de fondo", estratégicos, de largo plazo. Ellos nos paraliza. Considerar esos problemas, reales, que limitan nuestra actividad de hoy, no debe desviar la atención sobre nuestras incapacidades en el plano táctico para generar la fuerza de masas que nuestros objetivos requieren.

Para muchos, la crisis de la izquierda se resume en la división del PS. En verdad, esa es una manifestación clara, que trae a colación varios de los problemas fundamentales de la UP. Sin embargo, los problemas actuales más visibles y de potencial efecto mayor en la izquierda no son la confrontación de dos ideas de socialismo y de partido, sino la común incapacidad por dirigir y masificar la lucha contra las reformas regresivas en educación y salud, la lucha por las libertades en la universidad, por salarios justos y los derechos sindicales conculcados en el plan laboral, de los cesantes por trabajo, de los gremios y empresarios medianos y pequeños por la subsistencia, de toda la población por sus derechos más elementales, etc. Es decir, la dificultad para diseñar las mejores formas de vincularse a las masas y lo que son sus problemas principales de hoy, para formular las políticas sectoriales más justas y los mecanismos para llevarlas efectivamente a cabo de modo unitario, y la unificación política y orgánica de las demandas democráticas sectoriales. Es por este camino que avanzaremos en el aislamiento de la dictadura y su debilitamiento que, a fin de cuentas, es nuestro principal empeño.

No resolver estos problemas inhibe nuestra capacidad de convocatoria real hacia la DC y otras fuerzas democráticas en el plano de una convergencia más significativa. No avanzar en ello abre campo a las permanentes tentaciones de los sectores de centro a caer en los cantos de sirena del régimen, cuando los hace, y en la reiteración del camino propio.

### 3. Las consecuencias de nuestra crisis en la movimización antifascista.

Cuando nos referimos a la amplitud del movimiento de masas opositor, muchas veces nuestras formulaciones quedan en lo retórico y no



se concreta en iniciativa efectiva. Existen amplios y diversos sectores económicos y sociales que son profundamente afectados por la política económica del régimen y que en el proyecto monopolístico no tienen ninguna viabilidad para su expansión: transportistas, medianos y pequeños empresarios nacionales, comerciantes, agricultores, etc. Hacia ellos, históricamente, la propuesta ideológica y política de la izquierda ha sido estrecha e insuficiente, abriendo campo así a la acción demagógica del gran capital. Corresponde hacia ellos una política capaz de incorporarlos a la unidad democrática, que pueda romper las barreras y prejuicios que están presentes y operando y que se afinen, entre otras cosas, en la precariedad de nuestra política.

No avanzar en la formulación de líneas precisas para el movimiento de masas sólo consigue aislar y desgastar a los sectores que en estos años se han movilizado y desarrollado un compromiso práctico y político en el antifascismo. El desarrollo de estos sectores para por su magnificación y por que se suman nuevos segmentos sociales que objetivamente apuntan al campo democrático. El avance de la lucha del magisterio necesita hoy que se desarrolle y articule un movimiento estudiantil secundario; en el plan laboral debemos distinguir en la lucha contra el gran capital, a la pequeña y mediana empresa también afectada por la política de la dictadura, a incorporarla en los objetivos de mayor justicia y equidad.

#### Para avanzar.

Las deficiencias de iniciativa táctica no se desprenden mecánicamente de las precarias formulaciones estratégicas y programáticas. Así lo demuestra este tiempo en la resistencia antifascista. Orientarse hacia una iniciativa táctica que privilegie la necesidad de la concertación, unidad y amplitud del movimiento de masas, contribuye a avanzar simultáneamente en las cuestiones políticas más decisivas para la revolución democrática.

Esto implica un desafío grande para el movimiento popular y sus partidos. Los efectos ideológicos de la política de la dictadura en las masas, la atomización y dispersión actual de la organización social, las interferencias e incomunicación ideológica entre las fuerzas democráticas, el peso que en ella juegan los factores externos, son todos aspectos que demandan un gran esfuerzo nacional democrático.

Entre otros aspectos queremos destacar ahora las nuevas exigencias que se abren en el terreno de la vinculación entre los partidos y el movimiento de masas. La situación exige, desde el punto de vista de nuestros partidos una inserción más plena en la realidad del país, que permita aprehenderla con mayor rigor para proyectar y construir una línea política y de masas que logre movilizar y converger la amplia gama de sectores en que se sustenta el objetivo democrático del país.



Así como a la resolución de nuestros problemas estratégico-programáticos contribuye el tipo de iniciativa táctica que propiciamos, avanzar en nuestro desarrollo teórico y político contribuye a una práctica política y de masas que requiere de una gran flexibilidad y diversidad en cuanto a su organización y diseño.



# AFGANISTAN: COSTOS DE UNA INTERVENCION

Porque estamos profundamente empeñados en la lucha por la democracia en nuestro país, nos interesa sobremanera la situación internacional y analizarla. En la experiencia hemos constatado el peso que los factores internacionales tienen en las mayores o menores posibilidades de la lucha democrática y socialista de los distintos pueblos.

Uno de los hechos internacionales de mayor importancia en el tiempo reciente es la intervención soviética en Afganistán, cuyos efectos tienen que ver tanto con el equilibrio entre las fuerzas capitalistas y las socialistas, como con la cohesión y la fuerza ideológica de quienes en el mundo se alían en favor de la democracia y el socialismo.

## Distensión y Democracia.

El proceso de distensión en las relaciones internacionales abrió mayores posibilidades a las luchas nacionales por la liberación y por la democracia. En la medida que acarrió un deterioro en las formas bloquistas de agrupación internacional, se debilitaron los lazos de dependencia política con el imperialismo, y se abrió campo a un mundo más multipolar que ensanchó el horizonte de las luchas nacionales y populares.

Esto fué notorio en América Latina. Con el paso del período de guerra fría al de distensión, pudieron emerger en el continente diversos gobiernos independientes, nacionales y



abiertamente resueltos a impulsar la aplicación democrática.

En el terreno internacional pudieron cristalizar ámbitos y contenidos propios, ampliamente diversos a los del imperialismo, y relacionarse independientemente con todos los países del mundo. Se puso de manifiesto la incapacidad histórica de los EEUU para ofrecer caminos aceptables a los pueblos latinoamericanos, al tiempo que otras fuerzas internacionales, como la socialdemocracia, aparecían como potenciales aliados del movimiento popular.

Bahía Cochinos y el bloqueo, por un lado, y Nicaragua el 79 por el otro, son dos instantáneas que grafican bien lo distinto de la experiencia latinoamericana bajo la distensión. Los EEUU quisieron pero no pudieron con Nicaragua. Los nicaragüenses, latinoamericana, en su mayor parte, y el mundo, no lo hacía posible.

Pero también apoyamos la distensión porque favoreció la lucha por la independencia nacional y la emancipación no sólo en este Continente. El avance de los pueblos africanos es elocuente al respecto. En la medida que la distensión contribuye a limitar el militarismo y el armamentismo, y que alienta el avance de los procesos de independencia nacional, el gran capital internacional se ve relativamente encorsetado mientras las fuerzas progresistas observan un despliegue mayor.

La solidaridad internacional entre estas fuerzas incide sobre cada lucha nacional en la medida que fortalece al conjunto. Pero aparece aquí también otro aspecto en que lo internacional pesa sobre lo nacional, y es el efecto en la lucha ideológica y política interna del contenido y forma de la política de nuestros amigos en el exterior, con quienes nos aliamos y solidarizamos. Es evidente que no se puede luchar por la democracia en el país al mismo tiempo que solidarizar con Vorster, Stroessner o Marcos en el exterior. Nadie creería. Lo que hacen nuestros amigos fuera incide en nuestra lucha interna; en nuestra influencia ideológica y política.

Es desde esta óptica nacional que en general hemos apoyado a los países socialistas. En primer lugar porque mantenemos una identidad básica de objetivos en torno al socialismo, aún cuando esta identidad deba nutrirse de la necesaria crítica a las experiencias concretas de construcción socialista. En segundo lugar, por su política internacional de paz y de distensión, de la que han sido firmes impulsores y sostenedores. Hemos apreciado la consecuencia y tesón con que los países socialistas, y la URSS como el más importante de ellos, han diseñado e implantado medidas concretas destinadas a afianzar la paz en el mundo. Sabemos que esta política se afianza, entre otras cosas, en la naturaleza de su régimen social, para el que el gesto militar representa un duro costo económico, social y político; al revés del imperialismo, para el que la industria bélica es una área de acumulación, una válvula antirecesiva y un paliativo al déficit de balanzas de pagos. Y por su solidaridad internacionalista en el marco de la distensión, de la cual nuestro pueblo es testigo.



## Afganistan y las Fuerzas para la Distensión.

Es bajo esta óptica que enfrentamos las cuestiones internacionales. Y es desde esta óptica que rechazamos la intervención soviética en Afganistán, porque contribuye a afianzar las condiciones de distensión y porque debilita una percepción ideológica favorable al socialismo.

Los hechos afganos no rompen la distensión. Más bien se ubican en un proceso originado previamente de debilitamiento de la distensión producto de un rebrote de la agresividad imperialista. Puede entenderse incluso la intervención soviética como un intento de precaverse y fortalecerse ante ese rebrote.

Es cierto que el imperialismo y las fuerzas del gran capital no se sentían plenamente cómodos en los marcos de la distensión. El otrora débil mundo colonial o neocolonial, saltaba a la palestra con crecientes exigencias y problemas políticos y económicos para el imperialismo, avanzando en muchos casos por caminos opuestos a los intereses del gran capital imperialista. En su propio terreno, el de la alianza atlántica, la pérdida del monolitismo implicó algunas defeciones (Turquía), y se plantearon problemas políticos críticos como la posibilidad de la participación de comunistas en gobiernos europeos. En "ultramar" se perdían reductos incondicionales como el que proporcionaba el Sha en Irán y, de bajito suyo el feto somocista, de su paternidad, sucumbía al sandinismo. No queremos decir, ni mucho menos, que todo ha sido derrotas para el imperialismo y que nada ha sido avance. Solamente decimos que el contexto internacional de distensión contribuyó a crearle serios problemas. La distensión, no fué un congelamiento de la situación como hubieran querido, sino un afianzamiento de las condiciones de coexistencia pacífica que no impedía el desarrollo de luchas nacionales y democráticas en diferentes partes del globo.

En términos generales, esos problemas alentaron en los círculos financieros y militares del imperialismo, la idea del rearme-oficializada ya en boca de Vance- y del fortalecimiento militar como única manera de impedir el retroceso. Es desde aquí que se entrabaron las conversaciones para limitar el armamento estratégico, para la reducción de fuerzas en Europa, que se estimuló el fortalecimiento de la OTAN, la instalación de misiles estratégicos en los países de la alianza, el desarrollo de nuevo tipo de armas como la bomba de neutrones, etc. Desde el punto de vista político, se ha intentado fortalecer la solidaridad activa entre los países de la alianza atlántica, y los lazos de todo tipo con China.



El rebrote de la agresividad y la amenaza militarista del imperialismo, urge la activación de todas las fuerzas que en el mundo se interesan objetivamente por la paz y el desarme, y el afianzamiento de unas condiciones que abran espacio al desarrollo de las luchas nacionales y democráticas. El movimiento obrero internacional, diversas otras fuerzas progresistas, los países no alineados; grande es el frente que se interesa por detener la agresividad imperialista. Activarlo, mantenerlo vivo y acrecentarlo entre la población de los distintos países es la garantía más sólida para la política de paz.

La acción soviética privilegió, en cambio, una acción unilateral de carácter militar. Con ella, muestra una gran desconsideración por los factores políticos e ideológicos que deben primar en la concertación mundial de fuerzas en favor de la paz y encaminada a detener la agresividad imperialista. De este modo, debilitó y dividió el frente antiimperialista e impidió potenciar el peso de la reivindicación pacífica en favor del éxito de la distensión que pueden desarrollar las fuerzas obreras y progresistas en el resto del mundo. En este sentido, lleva implicado el efecto del control de zonas de influencia, congeladas, desactivando el potencial político de las fuerzas progresistas mundiales para afianzar la paz. Es desde este punto de vista, sin duda, un grave error.

Por eso mismo, no es sólo un error en atención exclusiva a la distensión; a las fuerzas que se congrega para afianzarla. Porque, a fin de cuentas, es posible que, pasado un tiempo, el imperialismo no sea capaz de emprenderlas a fondo, y que no pueda exhibir como trofeo más que un ciertamente lamentable boicot de las olimpiadas. Esto es una posibilidad. De este modo, es posible que, con todo, las fuerzas que se pronuncian por la paz sean capaces de impedir la bancarrota de la distensión, y que la Unión Soviética salve el cerco que se le intenta imponer. Esto es algo que debe determinar el análisis permanente de la situación internacional.

#### Afganistán y la lucha ideológica democrática.

Sin embargo, no quedarán salvados los factores de debilidad para la lucha por la ampliación socialista de la democracia en los diversos países, que fluyen como efectos negativos de la acción militar soviética. A menos que demostremos una amplia predisposición por discutir esos problemas, para superarlos.

¿Porqué hablamos de factores de debilidad; qué queremos decir con ellos?

Nosotros, como el movimiento popular en todas partes, damos la batalla contra la dominación del gran capital y, de acuerdo a las condiciones específicas, por la construcción de una sociedad democrática, cuya transformación en socialismo no es el resultado sino de la ampliación hasta el extremo de sus caracteres democráticos. Su conteni-



do socialista viene dado por la plena democratización de la vida económica, social, cultural y política. De este modo, la socialización de la base material, productiva, de la sociedad, favorece y es condicionada a su vez por la más amplia participación y entronización del pueblo en la conducción política. En esta medida, la lucha por el socialismo se cimenta desde el inicio en la más amplia reivindicación democrática de las masas, en la que se funda la acción política revolucionaria contra la dominación del gran capital y desde la que apunta a su superación por un nuevo orden.

Sobre este contenido profundamente democrático de nuestra acción, basamos nuestra labor de dirección, de propaganda y más en general la crítica a la forma capitalista de organización social, sea que políticamente se exprese como dictadura o democracia, postulamos, y la superioridad del socialismo. Y es este contenido, con el que expresamos las aspiraciones de la mayoría del país, el que aparece violentado con la intervención de Afganistán, en la que aparece el socialismo vinculado a una acción casi puramente militar, en la cual aquellos factores no están presentes, por más que se invoque el apoyo a una revolución popular y antifeudal.

No se trata de postular en abstracto el principio de no intervención en los asuntos internos de un país, principio en general válido para regular las relaciones entre los estados. Se trata, precisamente, de apoyar una intervención cuando ésta expresa la aspiración de la conciencia social generalizada en el país en cuestión, al punto, al menos en que logra forjar una visibilidad nacional e internacional de su carácter sólidamente mayoritario. Apoyar resueltamente y sin dobleces la masiva lucha popular de liberación que libró Vietnam contra el genocidio imperialista, era un deber inequívoco. Apoyar a Nicaragua, del modo como este pueblo lo solicitaba, contra la matanza somocista, tampoco era un deber que requiriese de mayor discusión. No es este, sin embargo, el caso en Afganistán, en que la acción militar apoya una fracción del partido, y debe imponer rigurosas medidas de control sobre la población.

El objetivo democrático que pretende apoyarse en la revolución afgana parece de cuestionable consecución, si se atiende la precariedad política, ideológica y de masas en que se sustenta.

Esos factores, por otra parte, dificultan una visibilidad internacional del proceso afgano que pudiera legitimar una acción armada desde el exterior en apoyo a sus objetivos antireaccionarios. En esta medida, la acción soviética contradice principios constitutivos en que se funda la solidaridad internacional y progresista de los pueblos contra el imperialismo.



Es un hecho que la consideración de factores relativos a la naturaleza democrática en que se organiza la acción política revolucionaria no es un aspecto que reciba amplia discusión y sea objeto de una intensa confrontación ideológica internacional por parte de los países socialistas. Por más que a veces sean estos temas planteados en forma interesada por el imperialismo con el ánimo de debilitar los países socialistas - los derechos humanos- ellos son temas propios de la clase obrera y los movimientos populares en el mundo, y son inherentes a la construcción socialista. Esta ausencia -  
cia, ciertamente, contribuye a debilitar la cohesión internacional antiimperialista, en momentos particularmente en que, como en el caso afgano, estos aspectos cobran especial relevancia.

En un marco de distensión y paz internacional, la lucha democrática de los pueblos del mundo tiene un espacio mayor, y él es esencial al desarrollo del socialismo. La política de paz y distensión requiere y se sustenta en activación de todas las fuerzas progresistas y democráticas del mundo. Por tanto, ella no se juega exclusivamente en el terreno del equilibrio militar entre la URSS y los EEUU.

De otra parte, la crítica democrática al imperialismo y la dominación del gran capital, exige, para su arraigo en la conciencia social y su conversión en fuerza transformadora, de un enorme esfuerzo en la lucha cultural e ideológica que, entre otras cosas, apunte a sentar la supremacía del socialismo como forma superior de vida social. Aunque esto implique, lo que no debiera ser sino lo común, el ejercicio intenso de la crítica sobre las experiencias socialistas.

Es desde estas consideraciones que nos hemos opuesto a la intervención de la Unión Soviética en Afganistán.

Rechazamos toda autoridad moral a los fascista internos para condenarla. Su desprecio por el pueblo, la democracia, la dignidad del hombre y toda otra cosa que no sea la voracidad del capital los inhabilita por completo. Asimismo con quienes masacraron y defoliaron en Vietnam y en otras partes, y hubieran querido hacerlo en Nicaragua, y con quienes ayudaron al golpe del 73 y su secuela de crímenes. El militarismo y el monopolio ávido de armas y guerra sólo se pronuncia para provocar el rearme y la tensión.

Por último, que nadie se equivoque, Somos firmes sostenedores de la solidaridad internacionalista de la clase obrera y los distintos pueblos del mundo. Esta solidaridad se acrecienta, enriquece y desarrolla, cuando se basa en la claridad de opiniones, el rigor de la crítica, y la constatación que el avance democrático y progresista de cada pueblo es el avance del conjunto.



# LA ESTRATEGIA CULTURAL DE LA DICTADURA Y EL MOVIMIENTO POPULAR

JOSE FUENTES

La dictadura ha intervenido y transformado durante estos años, profundamente, el campo cultural de la sociedad. Por este camino busca estabilizar su dominación e impedir, simultáneamente la reorganización del movimiento popular, el desarrollo de su fuerza ideológica y la revalorización de una cultura nacional y democrática.

En su empeño histórico por disponer, controlar y modificar el campo cultural a su favor, el bloque autoritario ha echado mano a todos los recursos, en una estrategia que combina la represión, la cancelación del espacio público democrático, la canalización de la creatividad social a través del mercado y la producción y circulación de ideologías de desmovilización de las masas.

En lo que sigue el análisis se centrará, sucesivamente, en cada uno de esos tipos de acciones. Con todo, debe tenerse presente que es su combinación y los efectos que define la estrategia conjunta, lo que es característico del modelo cultural del bloque en el poder.

## (1) La Represión de los Agentes Culturales.

En un primer momento, la represión de los agentes culturales alcanza una vastedad inusitada. Se trata, en breve, de liquidar la organización cultural autónoma del movimiento popular, que se había gestado a lo largo del presente siglo y que había alcanzado un alto grado de identificación con el desarrollo democrático del país. De ahí que la represión no



pueda ser meramente selectiva, y que tenga que abarcar el conjunto de la sociedad.

De entrada, se intenta liquidar a los partidos de izquierda, y la represión se desata sobre los cuadros de dirección y los militantes a lo ancho del país. Los partidos se habían constituido, efectivamente, en los ejes orgánicos del movimiento popular, y representaban un momento avanzado de su conciencia; eran los portadores de su historia y las piezas claves de su unidad. Fúe a través de los partidos que la izquierda chilena se levantó como una alternativa de masas frente al orden establecido y a través de ellos es que llegó a representar una fuerza cultural con capacidad hegemónica en el seno de la sociedad. De allí que la dictadura se presentara, primero que nada, como una reacción contra los partidos y que su objetivo, sostenido hasta el presente, sea mantener a la izquierda sometida al control represivo. El temor de la burguesía y del bloque en el poder frente a cualquiera apertura política, y su contenido profundamente antidemocrático, se explican asimismo como parte de esa estrategia destinada a impedir la recomposición política e ideológica del movimiento popular. En fin, al intento de liquidar los partidos, y de montar un aparato jurídico-represivo que pueda garantizar mañana su exclusión, no tienen otra explicación que no sea la de frenar el rearme cultural de las masas, obstaculizar su unificación ideológica, dificultar el surgimiento de su dirección autónoma e interrumpir el proceso de su consolidación en el plano ideal. El plano ideal se refiere a todo el ámbito comunicativo de la sociedad, es decir, a la lucha de clases en torno a la dirección de la sociedad. Tiene que ver con la lucha en torno al predominio de una concepción de mundo; con la capacidad hegemónica de una clase, de la sociedad.

Con todo, la organización cultural del movimiento popular desborda ampliamente la presencia de los partidos. Se extendía intrínsecamente hacia todo el cuerpo de la sociedad, abarcando los sindicatos, una gran diversidad de organismos base y una infraestructura material, relativamente compleja, de producción y difusión ideológica. Además, la influencia cultural se prolongaba hacia el sistema de enseñanza, las universidades, las iglesias, los medios de comunicación masiva, y el conjunto de instituciones que integran el campo cultural. Por último, ella se ejercía en todos los ámbitos intelectuales y del arte, empezaba a localizarse como una influencia decisiva a nivel familiar y abarcaba lentamente todos los planos de la vida cotidiana, expresándose allí como un afán muchas veces inorgánico pero auténtico de movilización y participación.

La represión de los agentes culturales tiene por función, dentro de la economía del poder dictatorial, mantener el control autoritario sobre el campo cultural de la sociedad. Impedir que el movimiento popular pueda acceder a formas superiores de organización, que impliquen necesariamente el desarrollo de perspectivas teóricas, la elaboración crítica de las propias experiencias, la comunicación política, la unificación en torno de una concepción compartida de la sociedad. La represión esté encaminada a impedir que el movimiento popular pueda acumular fuerzas en el plano ideal y a determinar, por ende, su subordinación al bloque en el poder. La represión es por este concepto un



mecanismo del poder autoritario, una forma necesaria de su expresión, y no meramente un dispositivo transitorio de ese poder que de alguna manera podría ir eliminándose a través de un proceso gradual. Tanto es así que, por ejemplo, el proyecto Ortúzar conagra constitucionalmente la mecánica de la represión, excluyendo a los partidos de izquierda y anulando las formas representativas de la democracia, la soberanía popular, los derechos de libre expresión y asociación, la libertad de prensa y enseñanza. La represión de los agentes culturales se vuelve entonces un cometido estatal permanente de la dominación burguesa; una gerencia constitucional para el sistema autoritario.

(11) La cancelación del espacio público democrático.

La configuración del campo cultural en nuestro país tuvo hasta 1973 una característica principal: se constituyó en torno de un ámbito público que progresivamente iba haciéndose más amplio y profundizándose por la presencia activa en las masas.

En estas condiciones, el acceso a ella ya no está reservado tanto a los individuos en su calidad de ciudadanos, sino que condicionado por la presencia orgánica de las diversas fuerzas sociales. De este modo, el movimiento popular, a través de todas sus expresiones organizadas, va haciéndose cargo también de la democracia, le imprime un contenido propio y la transforma en un ámbito para su propio desarrollo y el desarrollo de una alternativa de hegemonía dentro de la sociedad. El triunfo de la Unidad Popular el año 70, marca el momento superior de evolución de esa Democracia de Movilización Social que, a partir de ese momento, buscará ampliarse al Estado y servir como palanca para transformar la base capitalista del desarrollo nacional, condición, asimismo, para el propio desarrollo democrático del país.

En ese contexto interesa ubicar la configuración del campo cultural. Se organiza éste, en efecto, sobre la dinámica social - esto es, sobre la específica lucha de clases en torno a la organización de la democracia - que garantiza el desarrollo político del país. De allí que la organización de la cultura nacional estuviese lejos de seguir un modelo típicamente burgués. Al punto que la propia burguesía chilena pierde, a partir de la década del 70, la conducción, del proceso cultural; ésta entra a ser disputada, de ahí en adelante, en una esfera pú-





blica progresivamente más abierta entre las diversas clases sociales fundamentales, las que incluyen un conglomerado de grupos medios ligados a la función interventora y de protección del Estado, tanto en el campo de la producción, el comercio y los servicios, como en el de los procesos de reproducción cultural de la sociedad. En seguida, la cultura adquiere, por su inserción en un ámbito público-político, un carácter masivo y de orientación nacional, y deja por lo mismo de operar exclusivamente como un capital de apropiación y transmisión individual. De allí, por ejemplo, la amplitud inusitada que adquiere el sistema de educación en Chile, que para nada puede explicarse solamente sobre la base de demandas individuales por enseñanza, o como producto de requerimientos provenientes del desarrollo de las fuerzas productivas y la organización de la división social del trabajo.

Se entiende entonces por qué la estrategia del bloque autoritario ha sido, desde el primer momento, sustraer el campo cultural del espacio público, cancelando para ello la organización democrática de éste. Se trata, efectivamente, de uno de los cambios más profundos desencadenados por el bloque autoritario, puesto que se busca a través de él alterar todo el tejido democrático de la sociedad chilena.

Dicho tejido, desarrollado a lo largo de varias décadas, constituye en última instancia el soporte político de la democracia de movilización social que se había gestado al amparo del Estado representativo; y constituyó, asimismo, el entramado cultural que hizo posible el acceso del movimiento popular al gobierno. Podría representárselo como un sistema de redes entrelazadas que daban lugar a una multiplicación de circuitos culturales, a través de los cuales se producían y organizaban los procesos de comunicación que, entonces, llevaban a una ampliación de la conciencia de las masas, a una socialización de sus intereses y expectativas, a una elaboración pública de sus experiencias de vida y de lucha y a una unificación de sus perspectivas políticas, a una continua forma de aprendizaje colectivo en fin. De allí que pueda decirse que la organización cultural de las masas estaba íntimamente compenetrada con el tejido democrático de la sociedad chilena, habiéndose fortalecido a medida que éste se desarrollaba a la vez que lo impulsaba a ampliarse.

El proyecto autoritario de la burguesía necesita destruir, hasta donde se lo permitan sus fuerzas, ese tejido democrático de la sociedad chilena. Sólo de esa forma puede avanzar dentro de un modelo que concentra íntegramente en manos de la clase dominante la dirección de los procesos de acumulación y creación. En efecto, es una condición de la política impulsada por el bloque en el poder, y una condición incluso de su poder, la de mantener una concentración absoluta de la acumulación en torno al capital privado y mantener una absoluta desmovilización de la sociedad bajo el imperio represivo del Estado. Sólo así es posible, en el plazo largo, estabilizar un modelo de "economía pequeña" integrada a la órbita del capitalismo transnacionalizado, que significa montar una economía de espaldas a los intereses de la sociedad chilena, y someter ésta, al mismo tiempo, a la dominación sin fisuras de un bloque social minoritario y aislado: es decir, a la dictadura de la burguesía.



La cuestión central para este diseño, como ha vuelto a quedar en claro durante toda la discusión de la "nueva institucionalidad", es la del poder. Es decir, desde la perspectiva pinochetista y de los grupos económicos, componente cívico-militar que forma el núcleo de conducción del bloque autoritario, el problema que debe resolver la "nueva institucionalidad" es cómo mantener la dictadura bajo una fórmula de representación limitada de los intereses propietarios. Tal es, en esencia, la cuestión a que responde la noción de una "democracia protegida". Para llevar a cabo ese diseño, sin embargo, es necesario mantener la sociedad pulverizada e impedir que pueda rehacerse su cohesión. Es necesario, por ende, ampliar los intereses propietarios hasta donde el modelo de acumulación concentrada lo haga posible, y crear una esfera política restringida donde esos intereses privados puedan manifestarse como voluntad general pero limitada. Si al bloque en el poder el sufragio universal le parece tan nefasto, y si sus ideólogos han coqueteado todos estos años con la idea del sufragio censitario, ello es porque su propio diseño no les permite ser más que pre-burgueses en sus concepciones políticas y antiliberales en sus fórmulas ideológicas.

Cuenta el bloque en el poder con que la existencia de una esfera pública restringida y despolitizada le permitiría mantener el control sobre los procesos culturales e ideales de la sociedad. Por ese medio, especulando podía frenar la recomposición del movimiento popular, manteniéndolo sujeto a una existencia puramente privada, carente de formas político-ideológicas de expresión. De allí que pretende, igualmente, impedir que el campo cultural se reorganice en torno de un eje de comunicación pública, primer paso hacia la rápida reconstitución del tejido democrático de la sociedad civil. Para ello, sin embargo, se vuelve continuamente necesaria la presencia de un Estado autoritario (la dictadura de la burguesía), como única forma de asegurar la disponibilidad de la represión y del control requeridos: sólo así (y ya veremos que ni siquiera así) es posible pensar en la mantención de un espacio público limitado y despolitizado, donde se expresa la voluntad general de los propietarios. Donde los procesos culturales pueden reducirse, consecuentemente a un mínimo, y expresarse a un nivel puramente individual, como procesos de regulación ideológica dentro de un ámbito de estricta desmovilización.

Cancelado pues el espacio público democrático, se vuelve imprescindible desplazar la regulación de los procesos culturales en acuerdo con el nuevo diseño capitalista y autoritario de la sociedad.

### (iii) La regulación cultural por el mercado.

El instrumento o mecanismo de regulación que instaure el nuevo modelo es el mercado.

El mercado, en efecto, debe sustituir a la política. Debe operar, por ende, como un mecanismo de orientación de la sociedad a la par con el Estado, que entre sus misiones tiene precisamente la de garantizar el funcionamiento del mercado y de suplir, subsidiariamente, aquello que el propio mercado no podría realizar, tal como asegurar la posición de la burguesía, la defensa de sus intereses, el manejo



centralizado de algunos sectores estratégicos de la economía, el control sobre las políticas monetarias, la cautela de los límites territoriales, etc.

Es evidente que el mercado presenta ventajas incomparables respecto de la política como ámbito de regulación de la sociedad, desde la perspectiva del bloque en el poder.

Primero, frente al mercado, existen solamente individuos. La sociedad pulverizada que emerge después del aniquilamiento de su tejido democrático está efectivamente atomizada hasta el nivel de su unidad más dispersa y primitiva: el individuo. Frente al mercado, justamente, la sociedad se reconoce a sí misma como agregación de individuos. De allí que sustituir la política por el mercado, o intentarlo al menos, implique una fórmula para reemplazar, o intentar hacerlo, a los movimientos sociales por movimientos individuales.

Segundo, efectivamente, frente al mercado sólo caben demandas individuales. No hay posibilidad de hacer valer demandas sociales, como ocurre a través de los mecanismos políticos del Estado representativo. Al punto que Friedman llega a decir que el mercado realiza el "ideal democrático", pues allí cada hombre vale un voto, y cada cual puede comprar el objeto de su elección. No necesita alguien una mayoría, en efecto, para conseguir en el mercado una corbata color azul. En el límite, el mercado respondería a cualquier demanda individual que se encuentra respaldada económicamente.

Tercero, resulta evidente, en efecto, que la única forma de hacer presente demandas en el mercado, (cosa que Friedman, claro está, no agrega) es a través del dinero. El mercado es un tipo de "democracia", para emplear la misma metáfora absurda, censitaria y de voto ponderado; accede a ella el que tiene dinero y pesa más la voluntad de aquél que posee más dinero. Lo que viene a ser ideal desde la perspectiva del capitalista.

Cuarto, en seguida, el mercado cosifica las relaciones sociales, llevándolas a expresarse, primordialmente, a través del intercambio de bienes y servicios que, además de poseer un precio, poseen el valor de un signo. De este modo la comunicación social entre individuos entra a regirse por una semántica de las cosas: el mercado orienta el conjunto de las actividades sociales hacia la obtención de los recursos necesarios para adquirir y poseer. Se trata, en el nivel de la conciencia social, de producir un estrechamiento de los horizontes culturales de cada uno: en efecto, lo único que hay al frente es el mercado, con su poder de regular los comportamientos que se le someten. Así, idealmente, la educación, la salud, la información pueden definirse como "bienes escasos" que deben transarse en el mercado. Lo que desaparece radicalmente, en cambio, es la noción de bienes públicos en que todos tienen derecho a participar, y cuya responsabilidad corresponde al Estado.

Quinto, en ese sentido, el mercado define un conjunto de relaciones sociales que solamente pueden mantenerse en un nivel privado. Así, por ejemplo, la educación convertida en una mercancía escapa al control y la responsabilidad del Estado. Son los particulares los que



tienen la iniciativa de ofrecerla, y cada cual consumirá individualmente el monto y calidad de educación que pueda adquirir en el mercado. Una vez que un bien público es transformado en mercancía desaparece la posibilidad de establecer un derecho de todos a acceder a esa mercancía. Nadie sostiene en el capitalismo, en efecto, que sea un derecho de todos gozar por igual del acceso a la bencina. El mercado es el llamado a regular su distribución entre los consumidores. Lo mismo, se espera, debiera ocurrir con los bienes de la cultura.

Sexto, efectivamente, según sostiene el relacionador público del grupo Vial para las bellas artes y la cultura. "el arte es un producto que debe ser vendido, no regalado (...). En segundo lugar, el arte debe ser manejado con las mismas técnicas de marketing que se usan para vender un refrigerador o una licuadora". En verdad, dentro de una concepción mercantil de la vida no hay diferencia alguna entre un producto y otro; lo que interesa es que todos tengan un valor de cambio y que puedan ser transados "libremente" en el mercado.

En fin, el mercado se constituye en el modelo capitalista-autoritario en el principal instrumento de regulación social. En la medida que se le impone como sustituto de la política, y se reserva éste exclusivamente para el Estado, se radica automáticamente la dirección de la sociedad como un monopolio de clase, en el bloque dominante. Frente a éste no existe más que la masa dispersa de individuos, sometidos, además, a la amenaza represiva constante.



En suma, el mercado se constituye en el diseño autoritario en una poderosa palanca de regulación social y, por esa vía, en un mecanismo de orientación ideológica. Es prematuro, hoy día, evaluar hasta dónde han logrado conformar la conciencia colectiva de las diversas clases y grupos sociales. Pero no cabe duda que ese efecto se hace sentir, penetrando en la sociedad invisible y silenciosamente, para determinar conductas, generar valores, socializar ideales, crear imágenes y expectativas, en fin, para volcar las energías creativas de la población hacia la esfera del consumo y el conformismo.



(iv) La producción ideológica y la cultura autoritaria de masas.

Concordante con la concentración de los procesos de acumulación en manos de la fracción dirigente de la burguesía, se ha desarrollado en Chile, idénticamente, un proceso de concentración de los medios de producción ideológica. Se ha llegado a constituir así un virtual monopolio de clase sobre los procesos de formulación de la conciencia colectiva, y sobre los medios de socialización de la cultura. La prensa, la radio, la televisión, las universidades, los centros de investigación y difusión se encuentran hoy sin contrapeso en poder del bloque dominante. Sobre el resto de los medios de socialización, como las escuelas, los sindicatos y los centros culturales privados por ejemplo, el Estado ejerce una amplia tutela a través de su capacidad para regular jurídica y represivamente la esfera público-estatal, para controlar los procesos comunicativos, para discriminar los mensajes transmitidos, para fijar las coordenadas financieras de la actividad cultural y para actuar sobre los agentes culturales.

En estas condiciones la producción ideológica del autoritarismo es la única que puede alcanzar una difusión masiva y por esta vía, transformarse en una fuerza cultural al interior de la sociedad.

Con todo, está a la vista la incapacidad del bloque dominante y de sus núcleos ideológicos principales para transformar ese peso ideológico-material en peso ideal y cultural dentro de la sociedad. Así, durante más de seis años, el bloque social en el poder se ha encontrado aislado ideológicamente y, más que ganar posiciones de influencia y aumentar su presencia cultural en el seno de la sociedad, ha ido perdiendo capacidad para conducir a la sociedad en el plano ideal. Hoy se halla, por lo mismo, paralizado desde el punto de vista de la iniciativa cultural e ideológica. Distinto es el caso de la unificación ideológica interna del bloque autoritario que, precisamente, ha ido creciendo en torno de la ideología del mercado.

La producción ideológica del autoritarismo acusa por eso mismo un marcado rasgo defensivo. Curiosamente, y a pesar del predominio material en este campo, el bloque en el poder levanta obsesivamente los fantasmas del pasado, y emplea gran parte de su capacidad para enfrentar los tópicos que son reivindicados por el campo opositor: la política, los partidos, la democracia, el marxismo, la libertad, la distribución del ingreso, etc., etc. Pareciera como si la sola presencia del movimiento popular, su latencia casi bajo la costra autoritaria de la sociedad, fueran su suficiente para atraer toda la atención defensiva de los medios ideológicos del bloque en el poder.

En cambio, hay escasamente una producción intelectual, artística y cultural que pueda decirse genuinamente producto de la concepción autoritaria. En este plano, en el plano ideal de la sociedad, la burguesía sigue siendo hoy, a pesar de su enorme poder material, una clase singularmente poco densa desde el punto



de vista teórico, sin capacidad de un desarrollo cultural autónomo, carente de verdaderas perspectivas de influencia, en fin, una clase que debe suplir con la fuerza de las armas y de la represión, y con la manipulación cultural más anodina, sus insuficiencias en el terreno de las ideas y de la creación cultural.

Es sintomático, por eso, que el propio bloque en el poder haya venido articulando, durante los últimos tres años, un discurso sobre la crisis de la cultura, o sobre el "apagón cultural" como lo llamó la prensa oficialista. Es sintomático esto pues refleja, oblicuamente, una conciencia de la crisis cultural en que se hallan sumidos los grupos hegemónicos de la burguesía. Es entre ellos donde se produjo el "apagón cultural". La dictadura, en efecto, termina por devorar a sus propios hijos. ¿Qué cultura se puede fundar en Chile sobre las ruinas de la democracia? ¿Qué ética pueden desarrollar aquéllos que están empeñados en encontrar una justificación plausible para sus asesinatos, para los desaparecidos y para los cadáveres que emergen por todas partes? ¿Qué estética pueden desarrollar aquéllos que están empeñados en encontrar una justificación plausible para sus asesinatos, para los desaparecidos y para los cadáveres que emergen por todas partes? ¿Qué estética nace en los cuarteles, qué conciencia se desarrolla en las universidades intervenidas, qué lenguaje se afirma a las sombras del Estado y la dictadura? El torturador no hace literatura; escribe el torturado. El guardián del campo carcelario no canta; cantan los encarcelados...

El orden autoritario no se manifiesta pues en un poderoso movimiento cultural. Sus expresiones ideológicas son escasas y rudimentarias. Su discurso es estrecho y simple. Frente a la cultura liberal, a la concepción cristiana o a la cultura socialista, el autoritarismo aparece como una frágil retórica que se apresura por incorporar elementos sueltos de cualquier parte: la filosofía del bien común en su interpretación tradicionalista, la doctrina de la seguridad nacional en su versión geopolítica criolla, el sentimiento trágico de la vida del integrismo católico, la ideología del mercado de la escuela friedmaniana, la filosofía constitucional del post-franquismo español, la crítica vulgar del marxismo, etcétera. Es en torno a esa heteroclita amalgama que se ha venido configurando la concepción autoritaria de la burguesía Chilena, y es a partir de ella que se explica, también, la débil producción ideológica del bloque en el poder.

Desprovista de armas ideológicas que le permitan proponer una alternativa cultural burguesa y nacional, al bloque autoritario no le queda abierto otro camino que emplear su poderío material en el campo ideológico para promover una cultura de masas manipulativa. De alguna manera profunda, esa salida responde, además, a las condiciones del modelo cultural emergente. En efecto, se trata de mantener y perpetuar los



niveles de desmovilización de masas compatibles con la concentración clasista de los procesos de acumulación y creación, a la vez que de impedir la recomposición orgánica del movimiento popular. La represión, la cancelación del espacio público democrático y la sustitución de la política por el mercado cumplen, como vimos, esa función. También la socialización de una cultura de masas banal, dirigida a las masas, pero a través del individuo aislado (por ejemplo, frente a la televisión y la telenovela) tienen el cometido de generar un conformismo desmovilizado. Se trata, en este plano, de enfrentar sistemáticamente a las masas con la representación de un mundo artificial y ajeno, a la vez que infantil y poderoso. Un mundo de tira cómica, donde la vida ya bien se desenvuelve en medio de la magia o el sentimentalismo, o donde la existencia está sujeta al poder mítico de los personajes carismáticos: el detective, los policías, el abogado, el doctor, el bondadoso monstruo semi-humano, los ángeles con pistolas, los biónicos, etc. En las actuales circunstancias, el consumo de esa cultura es el único camino de acceso a la esfera ideal de la sociedad que está disponible para las masas.

El efecto agregado de ese conformismo inducido a través de la manipulación, reforzado por la regulación ideológica que realiza el mercado y sostenido en el límite por la acción de los aparatos represivos, constituye el producto específico de la estrategia ideológica-cultural del autoritarismo. No hay aquí, como se colige fácilmente, un efecto movilizador, ni el intento de instaurar la hegemonía activa de una clase. Hay, en cambio, la inducción masiva del conformismo pasivo que lleva envuelta una exarcerbación del atomismo social, una reducción de las formas comunicativas y una dificultad para rehacer las perspectivas ideales y la propia cultura de las clases y los grupos subalternos.

Es frente a ese cuadro que corresponde analizar los límites de la estrategia autoritaria.

#### Los límites de la estrategia autoritaria.

En definitiva, ellos convergen todos en una condición-límite, que es a la vez condición de posibilidad para la subsistencia de esa estrategia: la disposición del poder por el bloque autoritario al margen de su legitimación en un espacio público democráticamente organizado. En otras palabras, la condición necesaria para la mantención de la estrategia cultural de la clase dominante es la mantención de la dictadura de la burguesía.

La fuerza de dicha estrategia es por tanto igual a su vulnerabilidad. Pues se trata, en última instancia, de una estrategia cultural basada en la represión, la sustitución de la política y la manipulación cultural de las masas. No de una estrategia encaminada a asegurar la hegemonía de una clase, esto es, su influencia ideal en el campo del derecho, la moral, los hábitos, valores, el arte, la educación, la comunicación, sino basada en la exclusión y regresión culturales del conjunto de la sociedad. La discu



sión actual en torno a la exclusión de una parte de la sociedad de la futura institucionalidad es perfectamente consecuente con esto.

En tal sentido puede decirse que se trata de una estrategia profundamente revolucionaria y anti-nacional, destinada exclusivamente a perpetuar el monopolio sobre la iniciativa cultural en manos del bloque en el poder, pero que se desentiende por completo del desarrollo ideológico y cultural del conjunto de la sociedad. Se trata, por ende, de un diseño estrecho y particularista, incapaz de proyectarse como un molde para la liberación y el encauzamiento de las iniciativas culturales surgidas desde las bases de la sociedad.

Los límites específicos de la estrategia autoritaria tienen que ver, a su vez, con las condiciones que genera un proceso de acumulación destinado a incorporar subordinadamente la economía del país en el circuito del capitalismo transnacional. En efecto, dicho proceso traslada la disposición del excedente socialmente generado fuera de las capacidades de gestión de la sociedad nacional, que así se ve sometida, a través del Estado autoritario, a una absoluta incapacidad para intervenir sobre sí misma y determinar democráticamente la construcción de su historia. En tales condiciones, el campo cultural se estrecha consecuentemente, y esto hace surgir una serie de contradicciones secundarias que lentamente emergen a la superficie. Por ejemplo: la prensa, aun en los medios oficialistas, alcanza progresivamente el techo impuesto por la censura y la falta de libre información, e inicia entonces una reivindicación corporativa que adquiere, por necesidad, un contenido democrático, cual es, la reivindicación por la libertad de expresión. La universidad, impulsada por el diseño autoritario a trabajar en condiciones de rigurosa vigilancia ideológica interna y a buscar formas de autofinanciamiento de sus actividades en el mercado, se vuelve progresivamente estéril y se siente amenazada en sus perspectivas institucionales de desarrollo: entonces, necesariamente, los académicos e investigadores honestos asumen una posición de defensa de su corporación y reclaman para sí el derecho a gobernarla, camino por el cual se presenta la cuestión de la autonomía universitaria y de la responsabilidad del Estado en el campo de la enseñanza superior. Algo semejante ocurre en el campo educacional: allí la dictadura descubre que no necesita una superestructura de enseñanza tan compleja y masiva como aquella que legara el desarrollo cultural democrático del país. Sin embargo, es importante para desmontar esa vasta superestructura, y se ve obligada entonces a sujetarla a un control excesivo que termina por burocratizarse, se vuelve ineficaz y levanta la oposición del magisterio.

Con todo, la contradicción más profunda y generalizada que marca un límite insuperable para la estrategia autoritaria en el campo cultural, es el hecho que ella logra obstaculizar y desplazar los procesos culturales a que va dando lugar la re-



composición del tejido democrático de la sociedad, pero no los puede cancelar. La dictadura se enfrenta aquí a un producto específico de su propia estrategia, que - como se vió- es incapaz de producir una hegemonía ideológica sobre el conjunto de la sociedad. En esa misma medida, la sociedad civil se encuentra frente a la posibilidad de reconstituirse culturalmente, de dar se una organización cultural propia y desarrollar por esa vía su tejido democrático. Es evidente que dicho proceso transcurre, durante todo un primer período, en los márgenes delimitados por la intervención represiva. Con el tiempo, sin embargo, se multiplican y se conectan entre sí los diversos circuitos culturales privados, dando lugar a un espacio semi-público, que funda su propia existencia legal y que crea sus propias formas de invulnerabilidad. Allí, a través de esos circuitos culturales, el movimiento democrático se desarrolla molecularmente, dando origen a una diversidad de organismos, instituciones y sistemas comunicativos en torno de los cuales la sociedad civil supera su pulverización e inicia el proceso de recomposición de un espacio autónomo de identificación cultural y política.

La dictadura sólo puede actuar difícilmente frente a ese movimiento profundo de la sociedad. Puede recurrir, de manera más o menos sistemática a la represión de los nuevos agentes culturales, pero goza cada vez menos de legitimidad para hacerlo y, cada vez que lo hace, aumenta la necesidad de legitimar su poder para intervenir represivamente en la sociedad. Pues cada vez más, la represión encuentra una sociedad que se ha ido organizando, que ha aprendido colectivamente a reaccionar frente a la fuerza y que tiene capacidad para hacer valer públicamente sus demandas por una legitimación de los procedimientos del poder.

Ello no significa, sin embargo, que la tarea del movimiento popular, de los partidos de izquierda en particular, y del campo de la oposición democrática, sea expedito en este terreno. El avance del que se hablaba recién ha sido, como sabemos todos, lento y muy parcial en su proyección de masas. Se ha abierto una primera superficie de trabajo ideológico y cultural, pero todavía no existe, en rigor, un movimiento cultural democrático abierto y público. Hay desarrollos intelectuales y teóricos interesantes, pero ellos no logran trascender el relativo enclaustramiento académico y tienen una escasa difusión pública. Las investigaciones realizadas sobre las transformaciones de la sociedad chilena durante la década del 70 son a ratos promisorias, pero todavía carecen de la amplitud temática necesaria y no encuentran vías de circulación y discusión adecuadas. El trabajo artístico alcanza un desarrollo interesante, por ejemplo en el teatro, la plástica y la música, pero su autoreflexión política e ideológica es probablemente insuficiente respecto de su propia práctica. Y así por delante.



La cuestión central es por lo mismo, hoy, cómo aprovechar las limitaciones de la estrategia cultural de la dictadura y las contradicciones que su aplicación genera, para avanzar en la organización de un campo cultural democrático que sea capaz de expresar los más vastos intereses nacionales y populares. El problema es, desde otro punto de vista, cómo intervenir ideológica y culturalmente en la actual etapa de la lucha, para romper la desmovilización de las masas, interrumpir los procesos de conformismo y generar los motivos y las iniciativas que abran paso a una expresión democrática de masas en el terreno de la cultura.

Conocer y analizar la estrategia de la dictadura es un elemento esencial para resolver las orientaciones de nuestra propia acción. Iniciar un debate sobre esas orientaciones es el siguiente paso.

Santiago, Marzo de 1980.



# FUERZAS ARMADAS PARA LA DEMOCRACIA

ALAMIRO CAMPOS

La política a seguir frente a las FF.AA. es un factor que por no haber sido lo suficientemente explicitado, impide el desarrollo de una mayor unidad en el campo democrático y obstaculiza elevar la capacidad de dirección de la Unidad Popular.

Nuestro propósito es definir el papel que juega la fuerza armada en el actual proceso político chileno y caracterizar la situación que hoy día enfrentan las instituciones armadas. De allí se podrán obtener criterios generales para comenzar a avanzar en la formulación de políticas específicas al respecto.

## El papel de la fuerza armada en la lucha anti-fascista.

El derrocamiento de la dictadura no se va a lograr sin el concurso de la fuerza armada. Sin embargo, este no será el único factor que lo posibilitará.

Esta aparente obviedad requiere de ciertas explicaciones.

En primer lugar, es necesario destacar que el movimiento popular ha insistido durante más de seis años que para derrocar a la dictadura es necesario un acuerdo político con la DC. Cada vez que esto se ha planteado a la directiva demócratacristiana su respuesta ha sido negativa. Así, se ha demostrado que para alcanzar tal convergencia y darle carne, es necesario desarrollar un amplio movimiento de masas



que, por una parte, genere acuerdos a nivel de las organizaciones de masas y, por la otra, presione a los más recalcitrantes a aceptar una convergencia política de carácter nacional. Sin estas dos condiciones estrechamente relacionadas no es posible ponerse en la perspectiva del derrocamiento.

En segundo lugar, si bien se ha avanzado mucho en estos dos campos de actividades, falta mucho por realizar. Dentro del déficit del movimiento popular hay uno de importancia, esta es la incapacidad para expresar nacionalmente la totalidad de la "capacidad democrática instalada". No hemos sido capaces de crear hechos y organizaciones nacionales que muestren palmariamente la existencia, en el campo de la lucha de clases, del amplio espectro democrático que exige poner fin a la dictadura.

En tercer lugar, creemos que mientras no se superen estas dos grandes limitaciones no será posible desencadenar en las FF.AA. un proceso que permita que las posiciones democráticas al interior de los cuarteles logren una efectiva mayoría.

Con esto estamos afirmando que, por una parte, Pinochet y sus más cercanos colaboradores no se van a ir sin el uso de la fuerza armada en su contra y, por la otra, que esta fuerza armada sólo es posible de encontrarla al interior de las actuales instituciones castrenses.

Desde esta perspectiva, la política militar del Partido deberá poner su acento en las orientaciones a ser desarrolladas frente a las instituciones armadas. Sólo de esta forma será posible adecuar las necesidades de fuerza armada para el derrocamiento de la dictadura con la estabilización del régimen democrático y poder contar en el futuro con un marco institucional apto para plantearse objetivos socialistas.

La orientación general de situar nuestra política hacia las FF.AA. a nivel de sus institutos, esto es en cuanto aparatos del Estado, y las orientaciones específicas conducentes al derrocamiento surgen de diversas fuentes: de la crítica a la experiencia anterior del movimiento popular; de sus actuales limitaciones; y de la necesaria homogeneidad que le debemos exigir a nuestra política si queremos convertirla en punto de referencia nacional.

#### Crítica a las posiciones del movimiento popular frente a las Fuerzas Armadas.

Durante el período de gobierno, el Ejecutivo, la propia UP y sus partidos, no tuvieron una política homogénea frente a las FF.AA.

Diversas posiciones se dieron al interior de la UP. En primer lugar, se puede identificar la posición del Presidente Allende y del Partido Radical, los que afirmaban la convergencia de objetivos del movimiento popular y las instituciones armadas toda vez que las tareas de independencia nacional (política de rescate de las riquezas básicas y otras medidas anti-imperialistas) realizaban los objetivos de independencia nacional buscados históricamente por las propias



instituciones armadas. Por otra parte, se indicaba que el constitucionalismo y las posiciones democráticas de no deliberación y sometimiento al poder civil eran las condiciones fundamentales para que esta convergencia se tradujera en un apoyo a la gestión gubernamental por parte de las FF.AA. Tal posición desconocía la crisis del constitucionalismo castrense que se remontaba al período 1967-69. (Sucesos del Tacna y sus antecedentes). Las FF.AA. eran organismos deliberantes antes y durante la UP y, en consecuencia, las posiciones democráticas ya estaban en cuestión en sus propias filas. La reiteración del constitucionalismo en los actos públicos y otras situaciones similares sólo mostraba su carácter formal.

Lo que ni Allende, ni el PR destacaron con suficiente fuerza fue que frente a esta crisis del constitucionalismo era necesario desarrollar una política al interior de las FF.AA. tendiente a aislar el golpismo y fortalecer las propias posiciones que se imputaban como mayoritarias. Ello hubiera pasado no solamente por llamar a retiro a los principales cabecillas del golpe, tal como toda la UP solicitaba a voces, sino que suponía que el Ejecutivo era quien debía someter a las FF.AA. al poder civil que él encarnaba. Este sometimiento sólo hubiera sido posible si el mismo Ejecutivo hubiese sido capaz, junto con los sectores constitucionalistas de las FF.AA. (Carlos Prats y otros) de dar una real conducción al proceso político en su conjunto sometiendo a la sedición fascista y, al mismo tiempo, imponiendo su papel de conductor del proceso al interior de la propia UP.

Contra estas posibilidades de control del Ejecutivo sobre las instituciones armadas conspiraron las posiciones del Partido Socialista, Comunista, Izquierda Cristiana y MAPU (después del II Congreso).

La IC se oponía con fuerza a que las FF.AA. estuvieran representadas en el gabinete cívico-militar para dar término al paro de octubre, el que de otra manera hubiese sido convertido en un golpe de hecho vía paralización total del país. La IC se opuso a la continuación del gabinete después de marzo y del gabinete cívico-militar de agosto. Con esto negaba la posibilidad de que el Ejecutivo contara con la fuerza suficiente como para conjurar el golpe y apoyarse en los sectores efectivamente constitucionalistas, democráticos y pro-gubernamentales que se habían generado al calor de las realizaciones del gobierno.

El PC prácticamente no tuvo política militar dado que confiaba en la capacidad disuasiva de la clase obrera (huelga general con toma de industrias y predios, y uso de la fuerza armada mínima que había montado).

Sin embargo, tal como lo reconoce posteriormente, esa política era claramente insuficiente para conjurar el golpe que se dió. La característica fundamental de esa imposibilidad fue el golpe dado por el conjunto de las instituciones armadas sin profundas divisiones en su interior.

El PS, por su parte, insistía en encontrar eco al interior de las FF.AA. llevando reivindicaciones que introducían contradicciones de



clase al interior de los cuarteles en una política relativamente simple de paralizar la capacidad represiva de la oficialidad, oponiéndoles a las clases y soldados que habrían estado mayoritariamente a favor del gobierno. Este análisis se complementaba posteriormente con la afirmación autocrítica de que el principal error fué que junto con no haber llevado a cabo esa política, no desarrolló un poder armado de masas para oponerle a las FF.AA. institucionales. Esta versión de la capacidad disuasiva del movimiento obrero impidió al PS tener una política hacia las FF.AA. en cuanto aparatos del Estado y en consecuencia someterlas al control del Ejecutivo, la única posición del movimiento popular indiscutiblemente legitimada en un primer momento.

Esta política se encuentra con la desarrollada por el MAPU, después de su II Congreso, que trata de llevar la organización política al interior de los cuarteles y a los militares al interior de las organizaciones que el movimiento popular se había dado en ese período. Esta política, igual que en caso anterior, conspiraba nuevamente contra las posibilidades de mantener el control del movimiento popular, a través del Gobierno, sobre las instituciones armadas.

Finalmente, desde fuera de la UP, el MIR plantea una plataforma de reivindicaciones que se caracterizan por una democratización total e inmediata. Esta era la modificación drástica de sus instituciones, en condiciones que el movimiento popular no podía ni siquiera conseguir estabilizar al propio Ejecutivo. Sin embargo, más allá de este irrealismo, el MIR, veía tales medidas al interior de una política tendiente a establecer una dictadura proletaria contando con fuerza armada propia, tal como lo expresa "Punto Final" días después del "tancazo".

Después de esta somera mirada a los principales errores de los partidos de la UP, no se puede sino coincidir con la única autocrítica común en su interior. Tal fue la dramática constatación de la falta de análisis de la corporación militar lo suficientemente profundo no sólo para conocerla, sino para desarrollar una política capaz de transformarlas.

#### La política militar del Partido.

La política de nuestro Partido fue quizás la formulación más coherente y ajustada a la etapa. Sin embargo, careció de fuerza para hacerla realidad a través de la UP o para implementarla por su propia cuenta.

Las ideas centrales del Partido al respecto reconocían que el proceso político iniciado en 1970 generaba condiciones totalmente distintas para las FF.AA. en relación a períodos anteriores. La política anti-imperialistas y la respuesta del bloqueo desencadenada por los EE.UU., y el carácter de los gobiernos militares en Perú y Bolivia cambiaban el carácter del posible conflicto en el cono sur y el papel de las FF.AA. en la sociedad chilena.

Por su parte, el llamado sistema militar interamericano había sido desahuciado por Mercado Jarrín en 1969. Con ésto los FF.AA. latinoamericanos perdían su unidad en torno a políticas lideradas por los EE.UU. tanto en el terreno continental como interno.



Renunciando estas nuevas realidades nuestro Partido afirmaba que las tareas de la defensa nacional debían evolucionar de acuerdo con las nuevas realidades. Pero ello indicaba que las tareas institucionales que las FF.AA. debían enfrentar tenían que coincidir con estos nuevos desarrollos y con las nuevas tareas que enfrentaba el movimiento popular.

Por otra parte, indicaba que las transformaciones institucionales que requerían las FF.AA. nacionales debían realizarse al interior del conjunto de cambios requeridos por la institucionalidad del Estado chileno.

Estos elementos centrales en nuestra política representaron sin duda alguna la expresión más acabada de una política militar que se planteaba el problema de las FF.AA. desde una óptica institucional. No obstante, se cometieron errores de importancia.

El primer error, reconocido posteriormente por el Secretario General en "Aprendamos las lecciones del Pasado para construir el Futuro", fue el haber carecido de un análisis específico de las instituciones militares sobre el cual basar tal política. Este error, común al conjunto de la UP, era especialmente grave entre nosotros en la medida que nuestra política requería especialmente de un análisis de fondo para poder llevar a cabo sus objetivos.

El segundo error fue el no haber situado el problema de las FF.AA. desde la perspectiva de la capacidad de dirección del conjunto de la sociedad. Este error se explica a partir de la sobrevaloración de las ideas constitucionalistas al interior de los cuarteles, y de haber confundido estas nociones con un eventual apoyo a la gestión del Ejecutivo. Al no existir tal análisis se dió por supuesto un deseo, más que se confirmó una hipótesis política. Desde esta perspectiva, no se vió la pre-existente crisis del constitucionalismo, sino que se confundió este supuesto constitucionalismo con un obligado apoyo a la gestión gubernamental. Ello respondió a la creencia en el acatamiento no deliberante de la Constitución, por parte de las FF.AA., lo cual transformó en mítica la subordinación del poder militar al civil cualquiera que fueran las condiciones al interior de la sociedad. Lo que no fuimos capaces de ver fue que el Ejecutivo ya no sólo no era capaz de dirigir a la sociedad, sino que era incapaz de dirigir a su coalición de gobierno. En consecuencia, no podía pedir acatamiento a la Constitución al inte

Agosto de 1973...



ASUME GENERAL PINOCHET  
Los "pratsistas" se van



rior de las FF.AA. con alguna probabilidad de éxito. En suma, el Partido cayó en una noción constitucionalista formal y a partir de ella sobrevaloró tales elementos al interior de los cuarteles.

El tercer error, involuntario, fue el no haber tenido el suficiente peso político y de masas para que nuestra política fuera la de la UP en ese período. Este problema sólo habría sido resuelto a través de una política e iniciativas específicas tendientes a llevar al conjunto de las fuerzas obreras a asumir nuestras posiciones. Al no existir esta política, ni tales iniciativas, la unidad del movimiento popular también se vió resquebrada frente a las FF.AA.

### Divergencias estratégicas.

La divergencia de fondo estribó en los diferentes objetivos asignados a la etapa de gobierno de la UP y a la perspectiva que este proceso abría a las fuerzas populares. Se partió con un programa de gobierno que fue rápidamente sobrepasado, lo que redujo la base de sustentación del ejecutivo. Tal debilidad del acuerdo programático muestra la debilidad de la convergencia estratégica inicial, la que después de tres años de gobierno hace crisis definitivamente.

En términos polares se daba una posición que incluía algunos partidos y sectores de otros (MAPU-PCPR - IC y sectores del PS) que impulsaban un programa máximo consistente en transformaciones socialistas simultáneas en el conjunto de la sociedad. Dada la escasa base de sustentación de tales propuestas, estos sectores desarrollan una política hacia las FF.AA. que pone el énfasis en la capacidad armada del movimiento popular para imponer tales objetivos a pesar del aislamiento político de sus propuestas.

Por otra parte, el PR y el PC insistían en circunscribirse en los objetivos nacional-populares del programa, dadas las condiciones de apoyo social que cualquier otra alteración programática podría haber tenido. Sin embargo, en el caso del PC su política fue poco clara frente a algunos puntos centrales de la fase, tal fue su ambigua posición frente a la posibilidad de elecciones en 1976. Por esto desarrolla, consecuentemente, una fuerza militar disuasiva que, posteriormente, la justifica para enfrentar un posible "cambio de vía".

Por nuestra parte, si bien rechazamos la política de un poder paralelo a las posiciones logradas al interior del Estado chileno, afirmamos la simultaneidad de tareas democráticas y socialistas sin dar cuenta de tal complejidad en una formulación coherente y apta de orientar a las masas. Con todo, nuestra política militar se adecuó a las condiciones políticas existentes en el país.

Esta heterogeneidad estratégica, que se expresó en la política a seguir frente a las FF.AA., continúa "penándole" al movimiento popular.



## La actual situación.

Pareciera que después de seis años de dramáticas demostraciones de poder e indiscutible competencia de las Fuerzas Armadas, Cuerpo de Carabineros y otros aparatos armados del régimen para reprimir, queda claro que oponer fuerzas irregulares contra las instituciones armadas no sólo es reiterar permanentes fracasos, sino que implicaría aislar a importantes sectores democráticos que al interior de las Fuerzas Armadas no podrían reivindicar sus posiciones si existiera una amenaza armada contra sus propias instituciones. En consecuencia, todo pareciera indicar que el movimiento popular y nuestro Partido, más que intentar desarrollar fuerza armada propia, debería dedicarse a tener eco en las instituciones armadas para darle espacio y orientación política a sectores que hoy día sufren la represión al interior de los cuarteles, tal como lo demostró y lo hubiera permitido la última crisis en la Fuerza Aérea.

Si reconocemos el papel que tienen las FF.AA. en la lucha anti-fascista y en el derrocamiento del régimen militar, debemos desarrollar nuestra política considerando dos tipos diferentes de problemas. El primero, es la actual heterogeneidad al interior del movimiento popular respecto a la política frente a las instituciones armadas. El segundo problema dice relación con la necesaria homogeneidad de objetivos políticos a ser alcanzados tanto al interior de las FF.AA., como en el resto de la sociedad.

Respecto al primer tipo de cuestiones debemos reconocer que la situación al interior de la UP ha sufrido pocas variaciones. Nuestras propias posiciones no se han visto enriquecidas y el resto de los partidos o bien reiteran sus anteriores errores, o no han efectuado aportes de gran importancia.

En síntesis, la heterogeneidad estratégica del movimiento popular se sigue expresando a nivel de la diversidad de posiciones frente al problema de la fuerza armada.

Por su parte, las FF.AA. han sufrido modificaciones. En primer lugar, han sido sometidas a un proceso represivo interno y están plenamente comprometidas con la gestión de gobierno, quizás no en todos sus detalles, pero sí en las líneas generales implementadas. En segundo lugar, han visto incrementadas sus condiciones de infraestructura y salarios. En tercer lugar, enfrentan serios conflictos limítrofes y son profusamente adoctrinadas por el Alto Mando. Todo ello tiene por efecto la falta de espacio interno para las posiciones democráticas. La falta de unidad de la UP y las fuerzas democráticas al respecto no ayudan a resolver este problema.

Más allá de abstractas relaciones entre las FF.AA. y los monopolios es posible afirmar que las instituciones armadas están implementando un proyecto histórico que no les pertenece institucionalmente. Su apoyo a este modelo sólo es posible explicarlo a partir de la crisis política que vivió la sociedad chilena durante los últimos diez años. Aún es posible recordar las diferencias de opinión que existieron en su seno antes y después del golpe.



En consecuencia, la relación FF.AA. -monopolios es una relación contradictoria y difícil. Por una parte, las FF.AA. se resienten con la política ultraliberal de los grupos económicos, pero por otra parte, por ejemplo, necesitan de liquidez de divisas para enfrentar un eventual conflicto bélico toda vez que no hay capacidad industrial interna para proveer todos los insumos requeridos por el tipo de conflicto que se desarrolla -ría. Desde otra perspectiva, tal política ultraliberal les quita el control de puntos estratégicos no sólo para la economía del país, sino para la propia conducción del proceso político. No escapa a los militares no fascistas que así las co - sas, después de un tiempo no tendrán ya más nada que controlar y dirigir. Finalmente, no escapa a los mismos sectores que las relaciones FF.AA.-nación ya no es la misma que antes y que su inserción en la sociedad, después de la represión por ellas desatada, requerirá de un largo proceso de recomposición para llegar a ser lo que algún día representó.

Con estos antecedentes es necesario fijar una política a las FF.AA. que contemple sus limitaciones institucionales y que de cuenta tanto de sus posibilidades, como de sus contra - dicciones internas.

#### Para una política frente a las FF.AA.

1.- Primeramente, es necesario volver a insistir sobre el problema de la fuerza armada y el proceso político chileno. No creemos que ninguna forma de "poder disuasivo" sea de grupos armados o de masas puestas en la perspectiva armada tenga alguna posibilidad de éxito frente a FF.AA. profesionalizadas, modernizadas y enfrentadas a un conflicto limítrofe que incrementa su solidaridad interna.

A partir de esta premisa fundamental la política del Partido frente a las FF.AA. debe recoger la experiencia pasada, proyectarla y enriquecer sus contenidos. Sin embargo, esta política se da en un contexto en el cual las instituciones armadas son instrumento de la dictadura del capital financiero. En consecuencia, nuestro primer elemento para una política hacia las FF.AA. es la reafirmación de su papel profesional, no delibera tivo y sometidas al poder civil, manifestado en la soberana expresión de las mayorías nacionales. En otras palabras, el eje articulador de nuestra política debe ser la vuelta total e inmediata de las FF.AA. a los cuarteles.

2.- Esta orientación general obedece, en segundo término, a la homogenización de nuestra perspectiva política orientada al derrocamiento de la dictadura. Nuestras políticas parciales tienen por objetivo incrementar los espacios democráticos en un contexto dictatorial. Nuestra lucha es por la restitución de todas las libertades democráticas en el plazo más corto posible. En consecuencia, nuestra concepción del derrocamiento de la dictadura se liga a las reivindicaciones y éxitos de la



lucha democrática. Suponemos que cuando el amplio movimiento de masas desborde la capacidad represiva del régimen y el acuerdo político sea una realidad como alternativa efectiva de gobierno, las fuerzas existentes al interior de las instituciones armadas se verán en condiciones de conducir a sus institutos de vuelta a los cuarteles. En consecuencia, nuestra estrategia tiene la exigencia de ser homogénea en todos sus aspectos. Al igual como no estamos por sabotear la producción en las industrias, ni estamos por la propaganda armada, de igual forma, nuestras orientaciones hacia las FF.AA. deben poner en primer lugar la reafirmación democrática, que en este contexto, no es otro que el derrocamiento de la dictadura como conclusión de un proceso de prescindencia política. Finalmente, este aspecto es central en la política de alianzas y la confusión en este campo de cosas sólo podría retrasar grandemente la necesaria convergencia democrática.

3.- No se escapa en este contexto el hecho de que la vuelta a los cuarteles implica que las FF.AA. en cierta forma vuelvan con los contenidos y orientaciones con los cuales han sido indoctrinados durante estos seis años. Sin embargo, pensamos que la derrota del fascismo en la medida que este no ha sido generado espontáneamente y tiene profundas raíces en nuestra sociedad, es una tarea que se plantea en el momento en que las FF.AA. estén sometidas al poder civil. Pensar que esa tarea podría realizarse en condiciones de participación de las FF.AA. en un eventual gobierno de transición sólo tendría por consecuencia la mantención de un poder de veto al interior del propio gobierno que impediría consolidar la dirección del Ejecutivo sobre las FF.AA.

La situación que enfrentará el futuro gobierno democrático provisional no tiene las características observadas durante la UP. En esa ocasión las FF.AA. debían participar en el gobierno para evitar el desborde de la institucionalidad por los sectores fascistas o fascistizados los que en su conjunto representaban parte importante del país y eran mayoritarios en los aparatos del Estado. Mañana la situación será otra. El GDP de ser una realidad, será la expresión más amplia y mayoritaria a nivel de gobierno que quizás haya existido nunca en el país. La fuerza del movimiento democrático, si accede al gobierno, se podrá expresar en el obligado sometimiento de los militares al poder democrático. De otra forma, impulsar la participación de las FF.AA. en un gobierno de transición plantea a las fuerzas democráticas un problema insoluble: cómo ligar en una sola y coherente política las orientaciones democráticas y constitucionalistas con políticas que no obedecen a esa misma matriz. Por estas razones, creemos que nuestras orientaciones globales al respecto deben articularse en torno a la consigna de una vuelta total e inmediata a los cuarteles. Democracia ahora y prescindencia política de los militares son dos caras de una misma moneda.



4.- Desde otra perspectiva, esta afirmación política obedece a la necesidad de cortar definitivamente los lazos existentes entre algunos sectores castrenses y las fuerzas monopólicas civiles. No creemos que el pase a retiro de los Altos Mandos pueda ser total y absoluto. La fuerza del movimiento democrático no dará para tanto. En consecuencia, sólo el aislamiento de las FF.AA. en un primer momento puede eliminar y cortar definitivamente los lazos políticos, económicos e ideológicos actualmente existentes.

Esta orientación general se liga con el proceso de re-profesionalización y democratización de las FF.AA. que el GDP deberá iniciar, pero que deberá perfeccionarse durante la vigencia del régimen democrático más permanente. En consecuencia, nuestra política hacia las FF.AA. retoma aquí su hilo conductor.

En términos institucionales la democratización de las FF.AA. no significa otra cosa que su ligazón con el resto de los aparatos del Estado y con la sociedad en su conjunto al igual que la participación de la sociedad en las actividades castrenses. Desde la perspectiva de sus integrantes, la democratización de las FF.AA. significa la participación de los individuos que visten uniforme en la vida democrática nacional y la participación de los civiles en la actividad castrense.

5.- En consecuencia, nuestra política hacia las FF.AA. deberá contemplar dos grandes capítulos.

(a) La política hacia las instituciones castrenses en la perspectiva de su democratización y re-profesionalización se deberá articular en torno al criterio general de evitar su segregación como corporación enghettada. Los errores cometidos en el pasado en este sentido tuvieron dramáticas consecuencias. Por ello la participación de las instituciones armadas en el proceso de desarrollo económico nacional es una necesidad de primera importancia.

Esta participación se puede dar en dos campos diferentes de actividades: las militares y las civiles. En el primer caso afirmamos como necesaria la participación de las FF.AA. en la gestión de iniciativas como el Servicio Militar del Trabajo, las actividades de los institutos hidrográficos, geográficos y aereofotogramétricos, del litoral y puertos, FAMAE, ASMAR, etc. En el segundo campo de problemas creemos que las FF.AA. no deberían participar en actividades propiamente civiles.

La segregación de las FF.AA. durante casi cuarenta años no indicó que las instituciones armadas no participaran en la vida civil. Al contrario, ellos fueron adquiriendo cada vez más ámbitos de competencia. Así, en 1973 las FF.AA. tenían ingerencia en campos tan diversos como el deporte y la recreación, el control de armas, las telecomunicaciones, el tránsito marítimo y aéreo, actividades productivas como ASMAR Y FAMAE,



energía nuclear, etc.

Lo que realmente se segregó y evitó fué la participación del poder civil, de las fuerzas democráticas, al interior de sus institutos. Por ello, quienes tuvieron una real presencia en los cuarteles fueron aquellos sectores que anticiparon la necesidad de usar la fuerza armada en contra del régimen democrático. Por tales razones, las penetraron durante largos años. Las fuerzas democráticas, y especialmente el movimiento popular, no se ocuparon de las FF.AA. como problema sobre el cual había que desplegar una política de Estado, desde el Parlamento o desde los propios partidos en el período pre-setenta.

En consecuencia, lo que se debe alterar radicalmente es la presencia de las fuerzas democráticas al interior de las FF.AA. Ella puede expresarse de múltiples formas. En la discusión y aprobación de los contenidos curriculares de su formación o en la necesidad de que la civilidad participe en las tareas propias de la defensa nacional. El cómo esta se realice dice relación con la amplia discusión sobre nuestras concepciones de defensa nacional, el plan de adquisiciones, las relaciones limítrofes y exteriores, el presupuesto de defensa, y otros temas que se deberán enmarcar en esta matriz de orientaciones. En suma, de lo que se trata es desarrollar con estos criterios un amplio debate nacional entre las fuerzas democráticas para asumir de manera permanente e institucional la función que deben tener sobre el desarrollo y objetivos de las FF.AA. Sólo así será posible superar el constitucionalismo formal que reiteraba la subordinación militar a la civilidad aunque esta última no orientara ni expresara su conducción en términos substantivos.

(b) Respecto de la participación de los miembros de las FF.AA. en la vida nacional es necesario establecer cuáles serán las libertades básicas que deberán restringirse al interior de las FF.AA., dando cuenta de sus razones y estableciendo las providencias para corregir situaciones no deseadas. Nos referimos a la participación de los militares en la vida política al interior de las FF.AA. Aquí se deberá resolver el problema del derecho a voto de las clases y soldados, de la organización y difusión de material político en su interior, del fin de las servidumbres internas, etc. Ello debería realizarse tomando en consideración que las restricciones de las libertades fundamentales sólo pueden realizarse por razones que digan relación con la eficiencia de las FF.AA. como instituciones especializadas en la defensa de la soberanía tanto territorial como la de su mayoría de ciudadanos.

DICIEMBRE 1979.

=====



JOSE MIGUEL INSULZA:

## EL VALOR PERMANENTE DE NUESTRA POLITICA

La característica principal del año que recién termina fué el desarrollo cada vez más abierto de la oposición democrática y la generación de nuevos espacios políticos, en la medida en que otros sectores se fueron incorporando a la lucha contra la dictadura. Muchas cosas han cambiado en el cuadro político chileno: temas que hace un año atrás nadie mencionaba siquiera - el rol de la DINA, el retorno de los exiliados, por ejemplo - hoy están al centro del debate público; el "milagro económico" enfrenta la realidad de una inflación creciente (#) y la falta de suficiente capitalización e inversión, dando lugar a disensos en el propio aparato de Gobierno y en la gran burguesía; nacen todo tipo de organizaciones e iniciativas, que se unen a las ya existentes, para dar la imagen de un tejido social autónomo del fascismo, que se va fortaleciendo y convirtiéndose en alternativa real: Comisión por los Derechos de la Juventud, Encuentro Nacional de Mujeres, Comité de Familiares de los Desaparecidos, Grupo de los 24, etc., además del rol central que juegan las organizaciones sindicales que ganan creciente unidad; en el propio Gobierno se habla de apertura política y las voces contrastantes que surgen al respecto, muestran confusión y discrepancia.

---

(#) La inflación de 1979 (cifras oficiales) es de 39 por ciento, el doble de lo proyectado por el equipo económico.



Lo que no cambia, sin embargo, es Pinochet. A pesar de los pronósticos esperanzados de muchos, la crisis política y la movilización opositora no han conducido a una real crisis de estabilidad del régimen fascista. Más aún, a medida que la lucha se desarrolla, se va tomando más conciencia de las dificultades: los llamados "factores de fuerza", los puntos de apoyo en que basa su existencia el régimen, se mantienen inalterados y la caída de Pinochet aparece como una posibilidad remota, al menos como producto directo de la acción opositora. Se piensa incluso, por algunos, que el proceso de institucionalización puede ser efectivo, dando al mando personal de Pinochet mayor estabilidad, incluso en los marcos de una apertura.

Como Pinochet podría afirmarse, hay quienes aparecen dispuestos a pagar cualquier precio para que se vaya. De allí que el examen de "otras alternativas" esté a la orden del día. El razonamiento es simple: a pesar de todos nuestros esfuerzos y de los logros alcanzados en el plano concreto de la lucha democrática, el aspecto esencial de la unidad, cual es el de la unidad política entre las principales fuerzas de oposición no se ha logrado. De las reiteradas declaraciones de los principales dirigentes de la DC, podría desprenderse que no está ni siquiera cerca de lograrse. Más aún, la Unidad Popular, principal impulsora de este acuerdo atraviesa por un período difícil, que pone en cuestión su capacidad de acción unitaria. De allí que, a juicio de algunos, sea necesario abrirse a otras posibilidades.

No creemos que sea así, Pensamos que la línea general de unidad que planteamos desde el primer día para el conjunto de fuerzas que en el país tienen interés en la democracia sigue plenamente vigente. Afirmamos que:

1Q) La política de unidad antifascista tiene un carácter estratégico, un alcance mucho más global que el de un mero acuerdo de fuerzas políticas - por más que este es central y necesario-. Ella se formula, además, para un período más extenso que la dictadura fascista, y se pone objetivos que trascienden claramente esta fase de la lucha.

2Q) La adhesión reiterada a la línea de unidad antifascista no es incompatible con la búsqueda de salidas realistas a la crisis. Por el contrario, tales salidas son realistas y viables sólo si se fundan en una línea general de unidad amplia.

3Q) Ha sido la línea de unidad antifascista lo que ha permitido los avances que hoy todos reconocemos en la lucha contra la dictadura.

4Q) La línea de unidad democrática es la única política posible para las fuerzas de izquierda hoy día; su propia unidad iterna es condición imprescindible para desarrollarla con éxito.

Es necesario reconocer que, si muchos se confunden hoy respecto de los reales alcances de nuestra posición, ello es porque algunos de nosotros mismos tenemos una tendencia a privilegiar excesivamente la cuestión del acuerdo político formal entre Unidad Popular y Democracia Cristiana. Por cierto es este un aspecto esencial,



que debemos seguir buscando; pero no es el único en torno al cual nuestra política, ni siquiera en sus aspectos tácticos, puede ser evaluada. Para hacerlo es preciso incluir una serie de otras dimen-siones, en general favorables a nuestra política, que se producen a diario en el plano de la lucha concreta y de los acuerdos más generales. En otras palabras, hay mucho más unidad hoy día que hace un año, por dar un plazo. Pero la simplificación en que muchas veces incurrimos - y por la que válidamente se nos ha criticado - hace que ese avance sea poco considerado.

Sin embargo, no es sólo extendiendo el aspecto táctico para en-globar otras manifestaciones unitarias que permitan evaluar más co-rrectamente nuestros avances, que se llega al nudo de la cuestión. El problema está en poner de manifiesto el carácter fundamentalmente estratégico de la línea de unidad antifascista, y a partir de esa base, examinar cuales son sus avances, su vigencia y sus perspectivas.

#### 1.- Los alcances de Nuestra Propuesta Democrática.

La línea de unidad democrática se basa en la convicción de que la mayoría del país, sus trabajadores, sus capas medias, sus peque - ños y medianos productores y su burguesía monopólica, tienen interés objetivo en la instauración de la democracia, como norma de convivencia permanente, y en el desarrollo autónomo del país. Tal interés antagoniza a estas fuerzas con aquellas interesadas en el actual modelo de desarrollo monopólico y ligado al sistema transnacional y, por consiguiente, sostenedores del régimen autoritario que hace posible mantener ese modelo contra la voluntad de la mayoría.

El resultado de este antagonismo es hoy más incierto, por cuanto la burguesía monopólica y sus aliados fascistas tienen el control de todo el poder del Estado. Ello no fué siempre así y hay, en este sentido, un elemento fuertemente autocrítico en nuestra línea unita-ria. Las fuerzas democráticas no comprendieron a tiempo que esta pugna esencial, entre democracia y autoritarismo, estaba también presente en el corazón mismo de la lucha de los años 1970-73. La gran burguesía ya había desahuciado, mucho tiempo antes, la forma democráti-ca de Gobierno, convencida de que la conducía a la larga a su derro-ta. Las fuerzas democráticas no comprendieron a tiempo que sus posibilidades estaban vinculadas a la defensa de ese orden democrático. Este es válido para la Unidad Popular, que no hizo explícita su adhesión a la democracia, dejando en la ambigüedad su relación más permanente con una determinada forma de Estado, y que, por otra parte, tampoco fué capaz de ofrecer formas de transformación que eliminaran los elementos autoritarios existentes en él. Es válido también para las fuerzas democráticas que se opusieron a la UP, en particular la Democracia Cristiana, que se cegaron mirando hacia una amenaza irreal de dictadura desde la izquierda y no percibieron que el peligro real estaba en el autoritarismo fascista, cuyos intereses objetivamente sirvieron.

El control del poder estatal permite al fascismo desplegar al máximo toda la fuerza de que dispone. Ello significa hacer indisolu-ble, por la vía del temor o la corrupción, el vínculo entre las Fuerzas Armadas y el Estado, usarlas con propósitos represivos, desmante



lar la organización social democrática, imponer un sistema de reacu- mulación capitalista con sentido monopólico, vincular la economía al sistema transnacional, subordinar al conjunto del país con una política de represión física y restricción económica y emplear masi- vamente todos los medios de comunicación disponibles. El objetivo es imponer un determinado proyecto económico y social, que organice el país de modo permanente, haciendo estable su dominación. El efec- to de esa fuerza ha sido visible en todos estos años; es un error pensar que no ha surtido ningún efecto. No podría explicarse de o- tro modo la existencia de grupos económicos y socialmente perjudica- dos que, a pesar de ello, simpatizan con la dictadura o se mantie- nen inactivos.

De lo anterior interesa sacar tres conclusiones simples: a) El fascismo no es un accidente en la vida del país, sino que tiene su raíz en la contradicción autoritarismo-democracia, presente en to- da la historia reciente de Chile. b) El fascismo cuenta con recur- sos enormes que le permiten mantenerse en el poder aún contra la vo- luntad de la mayoría de los ciudadanos. c) Tales recursos, aplicados en función de un proyecto social, permiten al fascismo alterar la estructura y la conciencia de la sociedad, generando efectos perma- nentes, que no desaparecen con un cambio de régimen, sea cual sea la forme en que éste se produzca.

Si aceptamos estas conclusiones, es posible deducir los alcan- ces que, en términos ideales, sociales y temporales, tiene nuestra política antifascista. Su objetivo es el logro de la democracia en todos sus aspectos y el desarrollo autónomo del país. Su amplitud está dada por la necesidad de abarcar todas las fuerzas sociales y políticas que tienen interés en estos objetivos. En lo temporal, su alcance trasciende largamente la caída del régimen de Pinochet: su- pone una alianza social y política capaz de llevar a cabo un proyec- to alternativo, de desarrollo democrático.

Por todo ello decimos que nuestra política de unidad antifascis- ta ( o de unidad democrática) tiene valor permanente. Ella sintetiza nuestra propuesta para superar positivamente la contradicción - histórica de la sociedad chilena. Ello no puede lograrse, ni podrán ser definitivamente derrotadas las tendencias autoritarias presentes en la sociedad chilena (que seguirán presentes, por un tiempo largo, después del fin de la dictadura), sin el concurso de la inmensa ma- yoría de los chilenos en la construcción y tareas del nuevo Estado democrático.

Una conclusión práctica de este análisis parece pertinente: si mañana un sector del país, civil o militar, con o sin nuestro concu- rso, derrocara a Pinochet, ello no significaría en caso alguno el de- sahucio de nuestra línea. Dentro o fuera de una coalición de Gobier- no, seguiríamos abogando por una unidad de todas las fuerzas democrá- ticas, sin exclusiones, como una solución real a los problemas de Chile. Y nuestra actitud hacia un nuevo Gobierno estaría condicio- nada no sólo por la política concreta de democratización del país que este aplicara, sino también por el grado en que se aproximase a nuestra concepción unitaria.



## 2.- La Vigencia Actual de la Línea de Unidad Antifascista.

La formulación que acabamos de hacer, necesario para explicar el contenido estratégico de la política de unidad antifascista, sería peligrosamente incompleta si se quedara en este nivel de generalidad. Complemento indispensable de ella es la dimensión táctica de la misma política. Porque una línea sirve si tiene aplicación práctica, si se desarrolla en la lucha concreta y si es útil al objetivo que se persigue en cada etapa. En la fase actual, en que el objetivo es avanzar en la lucha contra el fascismo y derrocar a Pinochet, debemos demostrar tres cosas: a) Que es esta la política que hemos aplicado; b) que su aplicación ha tenido éxito, al menos en términos relativos; c) que ella es efectiva en las actuales condiciones y que ninguna otra cumple mejor el objetivo de debilitar la dictadura.

Que durante estos seis años la Unidad Popular y nuestro Partido han desarrollado una política de unidad antifascista amplia, se desprende tanto de sus formulaciones generales como de su práctica concreta. Las primeras propuestas para la unidad en la lucha contra la dictadura se producen muy poco después del golpe. (#) No era fácil hacerlas en ese momento: parte de los "convocados" había estado en oposición frontal a la Unidad Popular, había justificado el golpe y tenía en ese momento ( y hasta bastante después) una actitud complaciente, casi expectante, ante la Junta Militar. No omitimos ni momentos nuestra crítica hacia ellos; pero sostuvimos que el carácter de clase de la dictadura y los intereses que servía, llevarían a los sectores medios y de trabajadores que la habían apoyado, así como a su representación política, a enfrentarla. Nuestro pronóstico se reveló acertado: la incorporación de nuevos sectores a la lucha democrática se produjo de modo natural y se ha acrecentado en estos años, encontrando siempre la acogida plena de las fuerzas de izquierda. Es importante señalar que ese llamado amplio no se refería a ninguna fuerza política en particular, sino a todos los dispuestos a luchar contra la dictadura en cualquier terreno. Fué precisamente esa posición flexible y no sectaria, la que nos permitió trabajar desde un primer momento en el plano de los derechos humanos con muchos que, sin cuestionar aún de modo global la política del fascismo, estaban dispuestos a solidarizar con los perseguidos.

Ha sido precisamente esa concepción abierta de la acción unitaria lo que ha permitido a la izquierda ir rompiendo su aislamiento, ha logrado, además, que quienes parten enfrentando junto a nosotros problemas coyunturales, vayan tomando conciencia de como esos problemas - sindical, de derechos humanos, cultural, etc. - son inseparables de la dictadura en sí. Si nuestra actitud hubiera sido desde un comienzo la de exigir claridad política para el trabajo en común, probablemente nuestra lucha estaría aún aislada de la mayoría del país.

A la práctica abierta en el plano táctico se ha unido la propuesta estratégica de la Unidad Popular. En este plano, nuestro partido

---

(#) La primera declaración de nuestro Comité Central al respecto es de Noviembre de 1973.



y algunos otros tienen una posición más activa. Pero, con diversos matices, toda la Unidad Popular ha llegado a hacer suya la tesis de que es deseable alcanzar, con sectores que están más allá de la clase obrera y de la izquierda, acuerdos estratégicos. Y si no todos se manifiestan hoy de modo explícito en favor de un bloque nacional democrático que lleve adelante un proyecto antagónico contra el fascismo, al menos ha habido pleno consenso para un llamado a todas las fuerzas sociales y políticas democráticas a concordar un plan de lucha, una nueva institucionalidad e incluso un conjunto de medidas económicas a proponer. El reciente Acuerdo de Convergencia Democrática firmado por los partidos de la Unidad Popular, abierto a todas las fuerzas democráticas es un paso más en esa dirección. El llamado de nuestro Partido a un Pacto por la Democracia, busca concretar un acuerdo táctico y de perspectiva, renovando nuestra política unitaria. Todo ello ha sido acompañado de una acción práctica tendiente a estimular y desarrollar la unidad en todos los planos: sindical, juvenil, femenino, en las organizaciones de defensa de los derechos humanos, en lo institucional, etc.

Sostenemos que los resultados positivos de nuestra política de unidad antifascista están a la vista: el nivel de desarrollo de la oposición democrática que hoy existe y la organización que ha alcanzado no habrían sido posible si nuestra línea unitaria no se hubiera aplicado en la práctica. Ella nos permitió salir de la situación de refluxo y relacionarnos la vasta gama de organizaciones políticas, sociales e ideológicas que, desde su posición particular, cuestionan la acción de la dictadura; nos ha permitido mantener un cierto grado de unidad sindical, e ir fortaleciendo en la práctica diaria esa unidad, poderosamente amenazada por la dictadura y las influencias foráneas; ha generado organizaciones unitarias en algunas áreas (juvenil) y permitido la realización de actividades amplias en otras (cultural, femenino, etc.); ha posibilitado los avances en el plano gremial, institucional, etc.

Más importante que cualquier logro particular, es preciso destacar el valor del proceso general creado: la cuestión de la unidad contra la dictadura y por la democracia está hoy al centro de la acción de los más diversos sectores sociales y políticos. Más allá de la voluntad de algunas direcciones el movimiento democrático se organiza y actúa con sentido unitario. Nuestra política tiene pues, concreción en el sentimiento mayoritario de las masas, en todo nivel: se puede hablar, en este sentido, de un antifascismo que existe como realidad, que tiene un valor histórico, que se ha ido forjando más allá de las direcciones en todos estos años y que marca la conducta de los sectores democráticos en los años venideros.

Los frutos concretos de nuestra línea unitaria, son, por lo tanto, visibles, en dos aspectos fundamentales: en primer término, en el plano de la convergencia objetiva entre fuerzas sociales, ideológicas y políticas diversas. La unidad de acción contra la dictadura es un hecho irrefutable; la perspectiva de mayores entendimientos de todos los que tienen interés objetivo en el desarrollo nacional autónomo y



en la democracia se base en esa unidad práctica, que se desarrolla día a día. En segundo término, en el plano ideológico. De una situación de división real entre todos estos sectores, se ha pasado a una situación en que el principal enemigo - el fascismo - y el valor de la unidad en torno a objetivos democráticos, con carácter permanente, va siendo reconocida por los sectores más diversos. En ello se funda sólidamente una perspectiva de trabajo futuro entre todas estas fuerzas.

Los éxitos alcanzados en estos dos planos, nos permiten evaluar más justamente lo que son nuestros problemas en el plano propiamente político. Es un hecho evidente que la unidad de las fuerzas políticas democráticas es aún un objetivo lejano. Nuestra propuesta de Frente Antifascista ha caído hasta hoy en el vacío; más aún, la Democracia Cristiana sigue planteando hasta hoy una política diversa. Es a partir de esta constatación que algunos, con prisa sospechosa, dicen: "La Democracia Cristiana no quiere la Unidad Antifascista. La unidad antifascista ha fracasado".

La primera objeción a esta afirmación la hemos ya señalado: la política de unidad antifascista es más amplia y permanente que la alianza UP-DC. En segundo término, que la DC (o al menos la mayor parte de su dirección) no esté por la forma de unidad que proponemos es algo que se sabe desde el primer momento. Y no por intuición o deducción, sino porque ellos mismos lo han declarado reiteradamente, formulando al mismo tiempo una proposición alternativa. La unidad antifascista no es política de la DC, sino 'nuestra'. Se trata entonces, más que de juzgar en base a un rechazo previsible de verificar si en los hechos nuestra política ha avanzado y si existen condiciones para que se desarrolle más en el futuro.

En este marco, los avances parciales logrados deben ser valorados. Al fin y al cabo, ha habido diálogo con la DC y con otras fuerzas de oposición que la acompañen; la unidad en la acción es una realidad; y existe un sector del PDC que aboga por un mayor entendimiento con la izquierda. En la medida en que este sector, minoritario aún, tiene presencia activa en las organizaciones de masa, las posibilidades de colaboración se hacen aún más estrechas.

No obstante, para que nuestra política fructifique es preciso que se reúnan determinadas condiciones, al menos dos fundamentales: que las otras opciones de la DC dejen de ser posibles, y que en base a nuestra claridad política y nuestra fuerza podamos hacer viable nuestra opción para los partidos de centro.

El proyecto de la DC es una coalición de centro, que excluya a determinados sectores de la UP, fundamentalmente a los "no social-demócratas". En una reciente entrevista a la revista Hoy, Patricio Aylwin vuelve a plantear esto con claridad, si bien en tono más desesperanza. Tal opción será siempre imposible en la medida en que se mantenga la unidad de la UP. Sólo adquiere viabilidad en la medida en que algún partido se tiente con la salida excluyente y abandone dicha unidad. La posibilidad de hacer fracasar la opción de centro está en manos nuestras, ya que ella supone la división del movimiento popular.



En cuanto a una opción de derecha, la derecha no ligada al fascismo (la "derecha liberal" de que hablaba Frei en 1975) es demasiado débil para constituir punto de referencia por sí sola.

Y la eventualidad de un entendimiento de la DC con algún sector de la dictadura se ve cada vez más remota, tanto por la radicalidad con que ha asumido una actitud opositora, como por el hecho de que los sectores más moderados de la dictadura tienen un proyecto de recambio que no la incluye.

El problema de la izquierda esté más bien en la fuerza que es capaz de poner en el logro de un entendimiento. Forzar un entendimiento con la DC quiere decir crear las condiciones para que dentro de ese partido se imponga una política diversa. Ello no sólo depende de desarrollos autónomos de los sectores más progresistas de la DC, sino del desarrollo de nuestra propia fuerza. Siempre hemos sostenido que la disyuntiva que algunos plantean entre desarrollar nuestra propia fuerza o buscar la alianza es falsa e incorrecta. El desarrollo de nuestra capacidad de lucha, de nuestra fuerza de masas, de nuestra unidad, son condiciones indispensables para el desarrollo de nuestra política de alianzas. El éxito, también en el terreno político, de nuestra línea de unidad antifascista, depende de la fuerza que seamos capaces de poner tras ella y de nuestra propia unidad interna, elementos esenciales para hacer esa alianza atractiva e inevitable para las demás fuerzas democráticas.

Vistas así las cosas, no es extraño que en los últimos tiempos, las tendencias alternativistas hayan vuelto a tomar cuerpo en la DC: los problemas de la Unidad Popular hacen que el objetivo de dividirla se vea nuevamente como posible. Al fin y al cabo, entenderse con una parte de la UP es el ideal para la Democracia Cristiana. Nos corresponde a nosotros, superando nuestros problemas, imponer nuestra exi-gencia de unidad amplia.

No hay que olvidar, además, que existe un factor subjetivo de primera importancia que da vigencia a nuestra política: ella responde a la tendencia predominante que existe en la base social antifascista, cuyos sentimientos son abrumadoramente favorables a la unidad democrática. Quien ha postulado y reafirmado permanentemente tal unidad como el centro de su línea, cuenta con ese respaldo efectivo. Quien ha rechazado esta política, se haya cada vez más requerido, incluso por sus propios partidarios, para explicar su posición y cada vez más falto de argumentos para hacerlo, en la medida en que la dictadura y el consiguiente sufrimiento del pueblo, se prolongan innecesariamente.

### 3.- Las Alternativas de la Izquierda.

Por todas las razones anteriores, pensamos que la política de unidad antifascista que hemos desarrollado en estos años, debe sostenerse y revitalizarse por parte de la izquierda. Si hay quien piensa lo contrario, es bueno que examine a fondo que opciones reales de política, distintas a la de unidad antifascista existen.



La primera posibilidad obvia es la "alternativa propia". Por ello se entiende no ya el desarrollo de la fuerza propia de la izquierda, (que entendemos compatible con la unidad amplia e indispensable para lograrla) sino el proponer hoy a la Unidad Popular como alternativa para lograr la democratización y el desarrollo del país con sus propias fuerzas. Optar por esta salida significa, desde luego, rechazar el análisis que hacíamos al comienzo en cuanto a la coincidencia de intereses objetivos de un sector mucho más amplio de los chilenos y en cuanto a la fuerza real con que el autoritarismo cuenta en el país. Pero aún partiendo de esta base, es evidente que tal alternativa no tiene hoy en su favor a la mayoría del pueblo; ella podría basarse en términos generales, en la fuerza política y numérica de que disponíamos en Septiembre de 1973. Y es una verdad de nuestra época que, más allá de la vía de lucha concreta que se elija, una condición indispensable para el éxito de un proceso revolucionario es el contar con una mayoría efectiva de la población. En términos de correlación de fuerzas, en las condiciones de Chile y América Latina, no cualquier mayoría basta, por lo demás. Se requiere una mayoría a brumadora capaz de contrarrestar efectivamente la fuerza del enemigo. Una alternativa propia significaría, de hecho, partir hacia el desier to, restarse a la posibilidad de participar no sólo en la transición democrática, sino también en el esfuerzo de reconstrucción del país. El dividir definitivamente a la oposición, crearía en la práctica, las condiciones para la estabilización del fascismo.

La segunda alternativa es la de aceptar como un hecho fatal que la alianza no es posible hoy, y allanarse a un rol protagónico de otras fuerzas en la oposición. En otras palabras, dar nuestra bendición a una apertura que otros (presumiblemente la DC) encabezan y en la que la Unidad Popular no participe. Una variante de lo mismo sería la llamada "alternativa de centro", con participación de algunas fuerzas de la izquierda.

Una salida de este tipo tendría, en primer lugar, las mismas debilidades que la primera. En otros términos, tampoco las fuerzas de centro cuentan con una mayoría del país como para imponer una política. Incluso si se las dejara llegar al poder (cuestión más probable que para una alternativa de izquierda), su acción estaría limitada fatalmente por esta debilidad. Una fórmula de este tipo no sería capaz de entrar a solucionar los problemas de fondo de la sociedad chilena y llevaría en sí el germen de una nueva regresión.

Por lo demás no se ve muy claro qué gana la Unidad Popular abriéndose a propuestas que parcial o totalmente la excluyen, en circunstancias que la adopción de tales fórmulas no depende en la práctica de ella. Prejuizar una voluntad de apoyo, aunque sea en principio, respecto de alternativas que prescinden de la izquierda, es una actitud de renuncia, que las masas que apoyan a la UP difícilmente pueden entender. Una fuerza que acepta tal posibilidad, está diciendo de hecho que no ofrece solución para la crisis del país, y, por consiguiente, acepta un rol subordinado y secundario. Dicho rol no se corresponde en caso alguno con el esfuerzo desplegado en tantos años de resistencia.



Pero, si de realismo se trata, es necesario plantearse ante la posibilidad de que la vida nos imponga soluciones diversas, es decir de que el fin de la dictadura se produzca sin que hayamos concretado políticamente la unidad que postulamos, y el régimen que la suceda no responda a nuestra idea de la unidad amplia, que tal alternativa se de en los hechos, esté dentro de lo posible, más aún, a juicio de muchos, es la más probable. En tal caso, la izquierda debe, a nuestro juicio, orientarse por tres criterios principales: 1º ) Seguir planteando como cuestión de fondo la unidad de todos los demócratas para la solución de los problemas del país, es decir para enfrentar las grandes tareas de la democracia y el desarrollo. 2º ) Adoptar frente a cualquier nuevo Gobierno, siempre que este tenga orientación democrática, una actitud constructiva, apoyando todo aquello que efectivamente conduzca a la democratización del país, señalando con energía todo lo que sea insuficiente y canalizando constructivamente las demandas de las masas en torno a solución de fondo. 3º ) Mantener a toda costa su unidad, como única garantía de que su perspectiva estratégica de democracia y socialismo mantenga vigencia y pueda llegar a ser mayoritaria en el pueblo de Chile.

Sobre este último punto es preciso poner acento. Sea para impulsar su propia política, o para apoyar de modo práctico otras salidas, o para hacer oposición constructiva, o para luchar contra la dictadura ahora y después, es absolutamente imprescindible que la izquierda se mantenga unida. A nuestro juicio, la división de la Unidad Popular es lo único que bloquea efectivamente nuestra opción estratégica y nos hace retroceder, tanto en la lucha contra Pinochet como en nuestra posibilidad de desarrollar nuestro proyecto social.

No creemos justo, pues, criticar en abstracto a quienes sostienen que es preciso examinar otras opciones. Lo que importa es que dejemos en claro las dos premisas centrales: que seguimos empujando con convicción en torno a la que es nuestra alternativa, la Unidad Anti-fascista; y que, cualquier conducta que se asuma frente a otras opciones coyunturales no anula nuestra línea general, en la medida en que es una conducta concordada por el conjunto de las fuerzas que componen la Unidad Popular.

#### 4.- Los Problemas de Nuestra Política.

Nuestra tesis de fondo es, por consiguiente, que la política de amplia unidad democrática, en sus dimensiones táctica y estratégica, mantiene plena vigencia. Creemos indispensable que, en esta fase, la Unidad Popular reafirme de modo inequívoco esta opinión. Creemos asimismo necesario abordar, en un breve plazo, la solución de las insuficiencias de que adolece nuestra propuesta, para hacerla más viable. De estas insuficiencias queremos recalcar aquí solamente tres:

a) El Problema del Proyecto. Que nuestra línea tenga una dimensión histórica, de largo plazo, es algo que dice también relación con la situación inmediata. En efecto, son muchos los que temen que, en la realidad, la Unidad Popular busque a través de ella volver al poder como alternativa propia, reproduciendo esquemas del pasado. Nada se saca con negar verbalmente esta posibilidad, que, por lo demás, los propios voceros de la Junta agitan. La única forma de despejar esta cuestión, es la



de discutir y proponer abiertamente el proyecto social que la Unidad Popular propone para Chile, en su dimensión institucional, social, económica y política. Nuestra convocatoria es, a estas alturas, demasiado general, incluso para nosotros mismos. La UP debe, pues, especificar su proyecto democrático. Es ese el sentido que asignamos a la discusión de un nuevo programa para la Unidad Popular. En esos términos, es evidente que el programa anterior no está vigente: ese era un programa para una alternativa de izquierda, en condiciones políticas, sociales y económicas radicalmente diversas. Hoy se trata de lanzar una propuesta que aglutine a la mayoría de los chilenos, a partir de una situación de dictadura que ha cambiado completamente al país.

b) Los Problemas de la Táctica. Más allá de la falta de entendimiento global de las fuerzas antifascistas, es evidente que la acción unitaria en la base es hoy la regla general. El problema es como integrar todas esas acciones concretas de lucha en un plan general táctico, que fije con claridad cual es nuestra perspectiva. Hace unos años, cuando el objetivo de derrocar la dictadura parecía muy lejano, se hablaba en la izquierda de una insurrección popular como la perspectiva más probable, al menos la que parecía mejor desde el punto de vista del tipo de acción de masas en que estábamos empeñados. Cuando las acciones de resistencia se han masificado y diversificado tanto, sin embargo, ni esa ni otra perspectiva se menciona. No se trata, claro está, de que no haya ningún elemento táctico presente, implícita o explícitamente. El énfasis en la acción abierta de masas, es p. ej, característica del movimiento de resistencia. Pero no hay una perspectiva común que permita ordenar en torno a un plan político las múltiples acciones que se desarrollan.

El resultado de esta carencia es obvio, desde el punto de vista de nuestra política unitaria. No es fácil llamar a otras fuerzas a un acuerdo explícito de lucha, cuando no hay un plan claro y una perspectiva general que ofrecer (#).

c) La Práctica de la Política de Alianzas. - Creemos firmemente que nuestros criterios en torno a la vigencia de nuestra política, y, por consiguiente, nuestra voluntad de desarrollar la alianza a partir de nuestra fuerza y de nuestra unidad, son compartidos por las demás fuerzas de la Unidad Popular. La cuestión no está, pues, a juicio nuestro, ni entre los que creen en la unidad y los que no creen, ni entre los que están por abrirle la puerta a la DC para que gobierne sola y los que no están por eso. Nos parece que estos son dilemas falsos, que sólo sirven para crear la división entre nosotros. Ningún partido ha demostrado hasta ahora que esté por algo diverso que la unidad antifascista.

El problema está más, a nuestro juicio, en la práctica de nuestra política unitaria hacia las demás fuerzas. En primer lugar, hemos tenido grandes dificultades para desarrollar una política común. Cada partido tiene la tendencia a buscar entendimiento o diálogo por su

---

(#) El amplio y rico tratamiento que se da al problema táctico en un artículo de la Revista de la Resistencia N°6, nos evita aquí un tratamiento más extenso.



cuenta. No estando contra el establecimiento de contactos bilaterales, nos parece que la persistencia de esta actitud, por sobre el diálogo colectivo, sirve sólo para acentuar la imagen de desorden y de discrepancia, y estimula a quienes sueñan con dividir a la UP formal o informalmente.

En segundo lugar, no hemos coordinado tampoco los criterios de diálogo y relación con las restantes fuerzas de oposición. Determinadas fuerzas creen que lo único que importa hoy es acentuar los acuerdos existentes y evitar las polémicas, que hace el juego de Pinochet. Por nuestra parte, creemos que el señalar con firmeza nuestra discrepancia con determinadas posiciones de otras fuerzas democráticas ayuda a establecer una relación franca y permite plantear la unidad sobre mejores bases. No creemos que se gane nada con no criticar a la DC., por ejemplo cuando cae (como ocurre con frecuencia) en actitudes anticomunistas o cuando nos ataca de modo abierto. No polemizar es manifestación de debilidad; peor aún, puede ser visto como un signo de mala fé, sobre todo cuando los interlocutores saben bien que nuestra opinión es diversa. No es haciendo concesiones antinaturales que afirmamos nuestra voluntad unitaria. Por el contrario, defendiendo nuestras opiniones con energía, demostramos que los cambios objetivos que ha habido en nuestra política no son un simple oportunismo.

Los últimos meses han sido testigos de varias iniciativas tendientes a enfrentar a fondo estos problemas y relanzar con nuevo vigor la política de unidad antifascista. Así, por ejemplo, en carta a los demás jefes de Partido de la UP, el Encargado Exterior de la IC, Luis Maira, propone enfrentar la discusión precisamente sobre los temas que aquí se han mencionado: proyecto, táctica y alianzas. Por su parte, al lanzar la UP en Chile el llamado Acuerdo de Convergencia, al cual se convoca a todas las fuerzas democráticas, ha dado un paso importante en el sentido de buscar los primeros acuerdos generales, como bases firmes para dar nuevo impulso a la unidad. Muchas otras iniciativas concretas (declaraciones de grupos de personalidades, documento de los 24) persiguen igual objetivo.

Nada de lo dicho en este artículo constituye, pues, ni una novedad ni una posición aislada. El debe ser entendido más bien como un llamado a discutir nuestros problemas de fondo, y, sobre todo, como una reafirmación de la única línea que consideramos puede llevarnos a la victoria contra la dictadura y al desarrollo democrático del país. A diferencia de quienes creen ver en la actual situación un cuestionamiento de esta línea, nos parece que todo demuestra que ella debe ser llevada hoy adelante con más fuerza que nunca por la Unidad Popular y las fuerzas democráticas.

=====





Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.